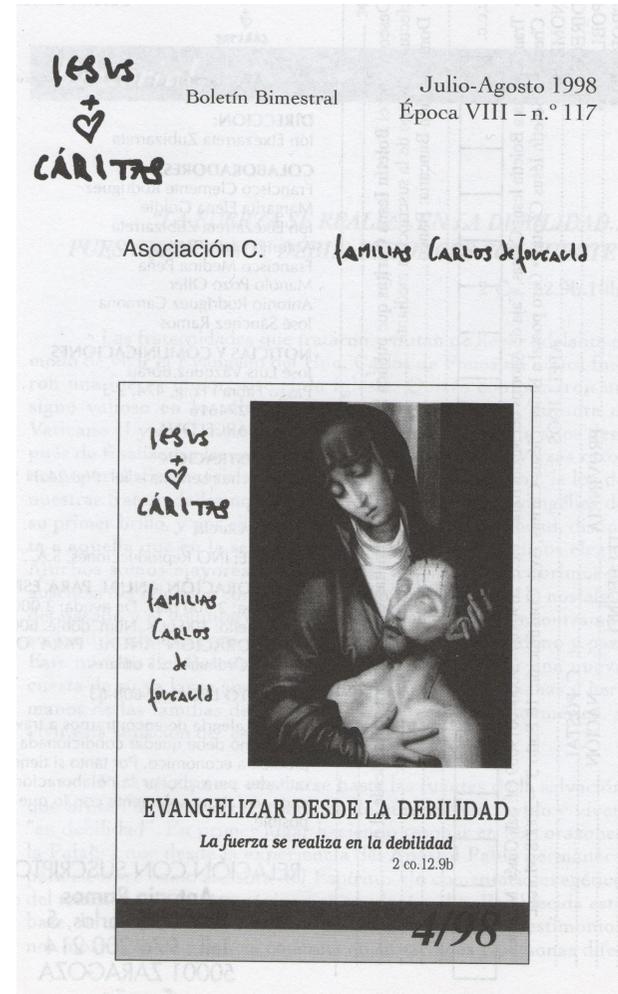


Portada.

Evangelizar desde la debilidad.

Evangelizar.

[Índice](#)



Sumario

<i>Editorial.....</i>	<i>3</i>
<i>Desde la Palabra</i>	<i>5</i>
<i>La debilidad de Dios</i>	<i>7</i>
<i>En las huellas del Hno. Carlos...17</i>	
<i>Testimonio del Hno. Carlos</i>	<i>19</i>
<i>Hermanita Madeleine</i>	<i>21</i>
<i>Testimonios y experiencias.....</i>	<i>23</i>
<i>Una espina en la carne</i>	<i>25</i>
<i>Situaciones de debilidad</i>	
<i>¿Una experiencia con Dios ?</i>	<i>26</i>
<i>Ideas y orientaciones</i>	<i>36</i>
<i>La Iglesia humillada</i>	<i>37</i>
<i>Paginas para la Oración.....</i>	<i>47</i>
<i>Te llevo en mis entrañas</i>	<i>48</i>
<i>Presentación de espíritu</i>	<i>49</i>
<i>Noticias y comunicación</i>	<i>51</i>
<i>Bibliografía</i>	<i>53</i>
<i>Un libro, un amigo</i>	<i>55</i>
<i>Noticias de Fraternidad</i>	<i>58</i>
<i>Murio Emilia Sanchez Carrasco</i>	<i>63</i>
<i>Relación de Fraternidades</i>	<i>65</i>

INDICE

<i>NOTICIAS Y COMUNICACIÓN</i>	30
Bibliografía.....	31
Noticias.....	34

Contenido

Portada.....	1
Evangelizar desde la debilidad.....	1
Evangelizar.....	1
Índice.....	1
<i>EDITORIAL</i>	4
<i>DESDE LA PALABRA</i>	5
La debilidad de Dios.....	6
Apóstol.....	6
Mons Vittorio FUSCO.....	6
<i>EN LAS HUELLAS DEL HNO. CARLOS</i>	12
Testimonio del Hno. Carlos.....	12
Foucauld C.....	12
.....	12
Hermanita Madeleine.....	13
Hta. Madeleine.....	13
<i>TESTIMONIO Y EXPERIENCIAS</i>	14
Una espina en la carne.....	15
Debilidad.....	15
Cardenal Godfried DANNELS.....	15
¿Una experiencia de encuentro con Dios?.....	16
Debilidad.....	16
R. FILAKOTA.....	16
<i>IDEAS Y ORIENTACIONES</i>	21
La Iglesia humillada.....	22
Debilidad.....	22
Jacques FOYER.....	22
<i>PAGINAS PARA LA ORACIÓN</i>	28

Editorial.



*“La Fuerza se realiza en la
debilidad...
Pues cuando soy débil,
entonces soy fuerte.”*

2 Co. 12,9b.10b.

EDITORIAL.

Las fraternidades que trataron y tratan de llevar adelante el modo de vivir el Evangelio del Hno. Carlos de Foucauld, nunca fueron una fuerza importante en la Iglesia. Quizás conformaron un signo valioso en los últimos tiempos preconciliares, durante el Vaticano II y en el inmediato postconcilio. Hoy, treinta años después de finalizadas las sesiones conciliares, por muy diversas razones y por distintas vicisitudes de los hombres y la historia, la luz de nuestras fraternidades no parece reflejar la intensidad evangélica de su primer brillo, y por ello sentimos una “especial” debilidad, distinta a aquella que en la senda del Hermano Carlos quisimos elegir. Muchos somos mayores, nos sentimos cansados, descubrimos la ausencia del relevo, y con un sentimiento confuso, entre la nostalgia del pasado y el voluntarismo querer hacer futuro, encontramos serias dificultades para vivir nuestro carisma en abandono y paz. Este número del boletín - que sigue tratando de subir una nueva cuesta de su ya larga andadura - quiere ayudar a hermanas y hermanos de la familia de Foucauld de España y Latinoamérica, a vivir esta situación de “especial debilidad”.

Para ello quiere acercarse hasta las fuentes de la salvación que brotan de diversos testimonios de quienes han vivido y viven “en debilidad”. En primer lugar haciendo resonar en los corazones la Palabra que desde la experiencia del apóstol Pablo permanece para siempre como siembra del Espíritu. Un comentario exegético del texto que titula esta página nos ayudará a ello. Establecida esta base de comprensión cristiana fundamental, algunos testimonios nos mostrarán su vivencia concreta en

situaciones y personas diferentes. (p.5) Desde el corazón de la rica Europa comunitaria hasta la amplitud de la expoliada África subsahariana; desde quien tuvo una especial relevancia en la vida de las fraternidades, Hermanita Madeleine – de cuyo nacimiento celebramos este año el centenario-, hasta el laico simplemente simpatizante de las mismas. Todos estos testimonios pueden ayudarnos a modelar nuestra actual “debilidad” a la sombra del Espíritu de Jesús, que por caminos tan difíciles de entender para nosotros, y a través de signos de los tiempos tan “sorprendentes” para quienes creíamos saber discernirlos en tiempos todavía más cercanos, no solo no abandona, sino que continua dirigiendo a su Iglesia.

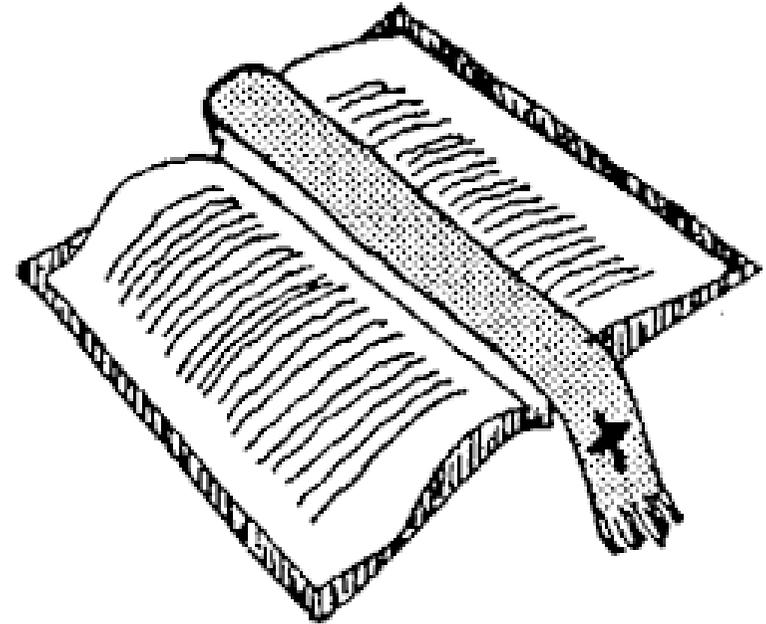
Ser moldeados por el Espíritu Santo no puede hacerse sino en el silencio y la oración. La página para la oración y la misma oración del Abandono, una y mil veces repetida nos ayudarán a ello.

Confiamos en que el resto de las secciones, más informativas, nos empujan, través de esa información cordialmente acogida, a sentirnos más entrañablemente Familias diversas del mismo tronco de Foucauld.

No podemos terminar sin agradecer de todo corazón, el trabajo, la dedicación, el sacrificio y el cariño de todos los que hasta ahora hacen posible el Boletín. Al tomarlo en nuestras manos nos damos cuenta del esfuerzo y trabajo que su realización supone. ¡Gracias! Sabemos que el amo de la viña pagará sus viñadores de “otra manera” que nosotros ¡Gracias! (p.4)



DESDE LA PALABRA



DESDE LA PALABRA.

La debilidad de Dios.

Apóstol.

Mons Vittorio FUSCO..

La debilidad de Dios.

Espiritualidad apostólica según la Segunda carta a los Corintios.

*Santa Cesarea Terne. 4 de Julio de 1997
Mons. Victorio Fusco*

La segunda carta a los Corintios, una de las cartas más íntimas y personales del Apóstol, es una carta en la que las circunstancias han obligado a Pablo a hablar de sí y de su apostolado, que había sido contestado. El resultado de esta carta es un esquema maravilloso de la teología y espiritualidad del apostolado. Reconstruyamos el contexto de la carta. Durante la ausencia de Pablo la comunidad de Corinto había sido perturbada por otros predicadores, también cristianos, pero rivales de Pablo, que habían tratado desacreditarlo y apartar de él a la comunidad que como aparece ya en la primera carta a los Corintios, era grande, viva, y había portado al Apóstol alegrías pero también disgustos. El espíritu griego era pretencioso, inclinado a las discusiones y a los partidos. Las insinuaciones de los adversarios habían calado en la comunidad. Pablo volvió a Corinto, donde no fue bien acogido. Solo más tarde a través de Tito consiguió enderezar las relaciones y obtener su sumisión.

Se ha discutido mucho respecto de la identidad de estos misioneros cristianos adversarios de Pablo, y de la posibilidad de que su oposición derivada de una concepción teológica diferente, caracterizada por algunas influencias debidas a

corrientes de pensamiento griego o judío. Se ha considerado la influencia pagana del *Theios aner*, "el hombre divino" en quien, a través de su sabiduría, de la eficacia de su palabra y de sus acciones taumatúrgicas, se manifestara algo "sobrenatural": estos misioneros habrían interpretado su tarea e incluso la figura de Jesús según este esquema heleno.

Por el contrario otros especialistas consideran estas hipótesis sin fundamento. Sea de ello lo que sea, se puede hablar de una (p.7) tendencia teológica "triumfalista" que separa la resurrección de la cruz y subraya excesivamente la dimensión "ya" de la salvación, hasta el punto de olvidar el "todavía no". En esta perspectiva el apóstol debe acreditarse ante los hombres, por el éxito, por la eficacia por la presencia de signos sobrenaturales extraordinarios. Más allá de las rivalidades personales, Pablo considera que se cuestiona el centro mismo de la fe: la salvación por la cruz. Y de esta forma toda la carta es a la vez autobiográfica y teológica, encierra una profunda visión cristológica y por ello mismo eclesiológica y presenta una descripción completa la verdadera naturaleza de la misión apostólica.

Podemos desarrollar el tema en dos puntos, íntimamente relacionados entre sí:

- 1) El apóstol y los destinatarios de su apostolado;
- 2) El apóstol y su Señor.

Se trata, si pensamos en ello, de dos aspectos del mismo misterio: la fuerza en la fragilidad.

1. Apóstol entre los hombres

El primer elemento que destaca, es la gran vinculación de Pablo a estas personas.

Se trata, sin duda, de una vinculación humana, que se expresa en una gran riqueza de sentimientos. Se percibe que para este hombre pobre y sufriente, a menudo perseguido siempre en camino, sus comunidades y sus cristianos lo eran todo. En esta tierra, ellos son su riqueza y su gloria, su "título de gloria" (1,14; 7,4), su "carta de recomendación" (3,2-3) son su alegría, (2,1-3, "pues si soy yo quien os entristece, ¿quién podrá alegrarme?). Las buenas noticias de la comunidad constituyen su consuelo (7,4-7). El intento de apartarlos de él, le ha herido profundamente.

El apóstol no aparece como un hombre frío, protegido, indiferente, sino más bien pobre, frágil, vulnerable, consolador y animador, pero también como alguien que necesita consolación, y que la recibe, gracias a sus hermanos, a través de los acontecimientos: (p.8) "Bendito sea Dios, y Padre Nuestro Señor Jesucristo, Padre de las misericordias y Dios de todo consuelo que recibimos de Dios, podamos a nuestra vez, consolar a los demás en todas sus tribulaciones". (1,3-4).

En manera alguna es una paternidad abstracta, sino muy concreta; amasada de afecto y emoción: es una verdadera relación no solo espiritual, sino muy humana. Pablo siente la necesidad de afecto por parte de sus fieles y no la esconde; pide a sus fieles que le concedan más lugar en sus corazones, como el mismo se lo concede a ellos: "Corintios os hemos hablado con toda libertad y nuestro corazón se ha abierto totalmente a vosotros, mi corazón está dilatado. Dentro de mí no estáis estrechos, aunque en vuestras entrañas seáis estrechos. Como a hijos os pido el pago correspondiente: procurad abrir vuestros corazones" (6,11-13. "Hacednos sitio en vuestros corazones: a nadie hemos perjudicado, a nadie arruinado, a nadie explotado. No lo digo en son de condena, pues os tengo dicho que en muerte o en vida os llevo en el corazón". (7,2-3)

He aquí un punto muy importante para toda persona consagrada. La consagración no debe significar menor riqueza humana sino mayor. El hecho de renunciar a un amor humano particular no debe secar el corazón, sino más bien abrirlo a un amor mayor. Como lo anota Teresa de Lisieux: "Dándose a Dios el corazón no pierde su ternura natural; esta ternura crece a medida que llega a ser más pura y divina". Así se expresaba ya San Gregorio Magno: "¿Para que refrenar la carne por la continencia, si el espíritu no sabe dilatarse por la ternura en el amor al prójimo? Nada vale la castidad de la carne si no es acompañada por la suavidad del espíritu". (Moralia in Job, VI, 53).

Pensemos en la riqueza humana de Jesús y de los santos: San Francisco de Asís, Juan XXIII.. Es precisamente esa riqueza humana la que constituye su permanente fascinación. Es doloroso encontrarnos a veces con sacerdotes, religiosas, almas consagradas, áridas, frías, menos ricas humanamente que cualquier otra persona. Lo que la gente quiere es sentirnos buenos, compasivos, capaces no solo de hacer sermones, sino de identificarnos con los sufrimientos (p.9) de los otros. Comparémonos de verdad con los modos de actuar de un padre, de una madre, de un hermano, de una hermana. Pidamos al Señor para que nuestra consagración se traduzca cada día en una humanidad más plena.

Ahora bien si el amor del Apóstol es verdaderamente humano, no es simplemente humano. Es una relación intensa pero pura: necesita del afecto de su gente, pero no acepta obtenerlo por el compromiso y la ambigüedad: al contrario, no duda en contrariarlos. Muchas veces nuestras adhesiones son egoístas, no puras. Buscamos intercambio, gratificación, y si no se dan, nos encerramos y no queremos entregarnos más, dejamos caer las iniciativas. Pero en ese caso somos movidos

por una simple inclinación humana, que no es la caridad de Cristo. El verdadero apóstol vive esta relación no de manera egoísta, sino como paternidad y donación. “Mirad, por tercera vez pienso ir a visitaros, y no seré una carga; pues no busco lo vuestro sino vosotros. No les toca a los hijos ahorrar para los padres, sino los padres para los hijos. Con sumo gusto gastaré y me gastaré por vosotros. Y si yo os quiero más ¿me querréis vosotros menos?” (12, 14-16). Las ingratitudes de los Corintios podrían haber desalentado a cualquiera; pero en el corazón del apóstol vive el amor de Dios, que es gratitud, donación, pureza infinita. “Pues no nos anunciamos a nosotros sino a Cristo Jesús como Señor, y a nosotros como siervos vuestros por Jesús” (4,5). El apóstol está celoso, no por sí mismo, sino por el Señor: “Tengo celos de vosotros, celos de Dios: pues os he prometido a un solo marido, para presentaros a Cristo como Virgen intacta. Me temo que como la serpiente sedujo a Eva con astucia, vuestro modo de pensar se vicie abandonando la sinceridad y la felicidad de Cristo”. (11,2-3).

Hay un abismo entre los celos humanos y los divinos, entre los apóstoles que se predicán a ellos mismos y se adhieren a ellos, las personas y las comunidades, y aquellos que quieren adherirlos a Cristo solamente. Es difícil realizar una síntesis semejante: adhesión y a la vez distancia; relación personal de afecto y amistad, y al mismo tiempo pobreza del yo, pureza de corazón, prontitud para retirarse y desaparecer y dejar lugar a Cristo. Oscilamos siempre entre extremos. Llamamos distancia nuestra sequedad, nuestra (p.10) indiferencia hacia las personas. (C. Peguy: “se creen que aman a Dios porque no aman a nadie....se creen que pertenecen a Dios, porque no pertenecen a nadie...”.) y cubrimos muchas veces con motivos apostólicos nuestras ambiciones, envidias y egoísmos.

Pidamos al Señor realizar esta síntesis maravillosa, el equilibrio de los santos, la total integración de nuestra humanidad en la caridad de Dios. Darse enteramente, sin ocupar el lugar de Jesús, sin dirigir jamás sobre sí mismo el interés de las personas. Todo esto es posible, si en el fondo existe un verdadero amor de Dios.

Ahora debemos desarrollar el segundo aspecto tan fundamental como el primero: la relación entre el Apóstol y su Señor. Si en la relación a los otros el Apóstol consigue armonizar e integrar de manera tan extraordinaria riqueza y pobreza, es porque todo ello se lleva a cabo en un nivel más profundo, el de sus relaciones a Dios.

2. Apóstol y su Señor.

Toda la carta es un himno a la grandeza, del ministerio apostólico, el ministerio de la nueva alianza: Es el misterio del Espíritu (3,6), de la salvación, de la reconciliación, (5,18.20). Su gloria supera la de Moisés, cuyo rostro se transfiguró en contacto con Dios. (3,7,11).

El apóstol siente toda la fuerza de esta Palabra de Dios, de la que ha sido constituido ministro: “... es en cuanto enviados de Dios como, ante Dios, os hablamos en Cristo” (2,17); “pues las armas de mi milicia no son humanas, sino dotadas del poder divino; para demoler baluartes, debelando sofismas y cualquier torreón que se subleve contra el reconocimiento de Dios. Hacemos prisionero todo razonamiento sometido a Cristo” (10,4-5). “Doy gracias a Dios que me asocia siempre al cortejo triunfal de Cristo y por nuestro medio difunde en todas partes el aroma de su conocimiento. En efecto, somos el buen olor de Cristo ofrecido a Dios, para los que se salvan y para los que se

pierden. Para éstos hedor de muerte que mata, para aquellos fragancia de vida vivificada”. (2,14-16). (p.11)

El Evangelio que Pablo anuncia es un esplendor divino, radiante, una nueva creación que supera los resplandores de la primera creación.”... el mismo Dios que mandó a la luz brillar en la tiniebla, iluminó vuestras mentes para que brille en el rostro de Cristo la manifestación de la gloria de Dios” (4,6). Nada hay tan grande ni tan fuerte. Pero inmediatamente el apóstol siente que tiene que añadir: “pero este tesoro lo llevamos en vasijas de barro, para que se vea que su fuerza superior procede de Dios y no de nosotros. Por todas partes nos aprietan pero no nos ahogan; estamos apurados, pero no desesperado; somos perseguidos pero no desamparados; derribados pero no aniquilados...” (4,4-7).

Este es el gran contraste: la fuerza de Dios debe brillar en la debilidad del hombre, y la riqueza de Dios en la pobreza del hombre. El apóstol enriquece a los otros, da a los otros, pero todo lo que da no es suyo, lo recibe de Dios; en cuanto a él mismo continúa siendo un pobre, vaso de arcilla que contiene un tesoro, manos vacías pero rebosantes continuamente por el poder de Dios: ”... no es que por nuestra parte seamos capaces de apuntarnos algo como nuestro, sino que nuestra capacidad viene de Dios que nos capacitó para administrar una alianza nueva; no de puras letras sino de Espíritu; porque la letra mata, el Espíritu da vida” (3,5-6). Es por su misericordia por lo que Dios le ha concedido el ministerio (4,1).

En ninguna otra carta habla Pablo como en ésta: sin dejar de exaltar la dignidad del ministerio apostólico, de la debilidad, escribe la lista de sus tribulaciones (7,5). Ya en la primera carta, recordando su venida a Corinto, escribía: “Débil y temblando de miedo me presenté a vosotros; mi mente y mi proclamación no

se apoyaban en palabras sabias y persuasivas, sino en la demostración del poder del Espíritu, de modo que vuestra fe no se fundase en la sabiduría humana, sino en el poder divino” (1Cor 2,3-5).

Admitiendo que debía de haber una gran exageración en la denigración de sus adversarios, alguna razón debían tener sin embargo, “las cartas sí -dicen algunos - son graves y enérgicas, la presencia corporal flaca y el hablar torpe” (10,10). Se le reprochaba ser valiente, estando lejos y cobarde estando cerca; se le echaba en cara “ser profano en elocuencia” (11,6); se dudaba de si Cristo hablaba realmente en él (13,3). (p.12).

El mismo reconoce estará afligido por enfermedades corporales, que son su obstáculo para su apostolado y parecen comprometerle, hasta el punto que pide ser liberado de ellas: “A causa de ello rogué por tres veces al Señor que las apartara de mí” (12,8).

Cuántas veces esto mismo nos ocurre a nosotros, cuando imaginamos que nuestro apostolado sería más efectivo en otro medio, con otras personas, disponiendo de más y mejores medios, y consideramos nuestras enfermedades físicas o las dificultades del medio. Como los Corintios creemos que son la cultura, la fuerza de la personalidad y los éxitos los que hacen al apóstol.

Para Pablo, la curación, tantas veces obtenida para otros, no llega para él. Sin embargo, sí que recibe una respuesta misteriosa del Señor:” Y me contestó te basta mi gracia; la fuerza se realiza en la debilidad” (12,9a).

Es como el Getsemaní de Pablo, una oración angustiada, humanamente sin respuesta, un cáliz amargo que no se aleja. La oración, como la de Jesús, es escuchada de manera diferente y misteriosa (Cfr. He 5,7: “...Él, que durante su vida mortal ofreció peticiones y súplicas, con clamores y lágrimas, al que podría

librarlo de la muerte, y por esa razón fue escuchado...) El Hijo debe vivir hasta el fin de su solidaridad con los pecadores, el Padre debe abandonar al Hijo para no abandonar la Humanidad, el apóstol está personalmente implicado en este misterio de la salvación.

He aquí por tanto la "ley" del apostolado: la debilidad del hombre que llega a ser instrumento de gracia, y de poder de Dios. La debilidad del apóstol no es coyuntural, no puede no realizarse, sino que debe realizarse como tal debilidad. El tema se inicia ya al comienzo de la carta: "No quisiera, hermanos, que ignorarais lo que tuvimos que aguantar en la provincia de Asia, algo que nos abrumó tan por encima de nuestras fuerzas, que no esperábamos salir con vida. Dentro de nosotros llevábamos la sentencia de muerte, para que no confiáramos en nosotros sino en Dios que resucita a los muertos" (1,8-9. Nótese la construcción final. (p.13).

Por ello la vida del apóstol se caracteriza por una serie de actitudes interiores, pero a la vez por una serie de actitudes exteriores que él va describiendo, curiosamente, las unas junto a las otras: "Procuramos no dar a nadie ocasión alguna para desacreditar nuestro ministerio. En todo nos acreditamos como ministros de Dios: con mucha paciencia, en medio de tribulaciones, penurias, angustias, azotes, cárceles, motines, fatigas, desvelos, ayunos; con integridad, penetración, paciencia y bondad; con Espíritu Santo, amor no fingido, mensaje auténtico y fuerza de Dios. Usando las armas de la justicia a diestra y siniestra. En la honra y en la deshonra, la buena y en la mala fama. Como embusteros que dicen la verdad, como desconocidos que son bien conocidos, como muertos y estamos vivos, como escarmentados pero no ejecutados, como tristes y siempre alegres, como pobres que enriquecen a muchos, como necesitados que lo poseen todo" (6,3-10).

Llama la atención esta conjunción de actitudes espirituales, virtudes típicas del apóstol, con las situaciones puramente materiales y externas. Esta conjunción parece subrayar el hecho de que situaciones que desde un punto de vista humano parecen puramente casuales, no lo son. También ellas pertenecen al servicio apostólico: los sufrimientos, las dificultades, el hecho de ser mal comprendido y peor interpretado. Estas situaciones no significan el fracaso de la misión, sino la garantía de su autenticidad.

Ya en su primera carta, hablando, no de la vocación apostólica sino de la vocación cristiana en general, Pablo subrayaba la misma opción: "Observad hermanos, quiénes habéis sido llamados: no muchos sabios en humano, no muchos poderosos, no muchos nobles: antes bien, Dios ha elegido los locos del mundo para humillar a los sabios, Dios ha elegido los débiles del mundo para humillar a los fuertes, a los plebeyos y despreciados del mundo a elegido Dios, a los que nada son, para anular a los que son algo. Y así nadie podrá engrirse frente a Dios. Gracias a Él vosotros sois de Jesucristo, que se ha convertido para vosotros en sabiduría de Dios y justicia, y consagración y rescate. Así se cumple lo escrito: "Quien se gloria que se gloríe del Señor"" (1 Co 1,26-31).

Esta "debilidad" de la Iglesia revela la de Cristo: se trata de una realidad cristológica, que llega a hacerse eclesiológica. Algunos (p.14) versículos antes, había afirmado: "...mientras nosotros anunciamos un Cristo crucificado, para los judíos escándalo, para los paganos locura; pero para los llamados, judíos y griegos, un Cristo que es fuerza de Dios y sabiduría de Dios. Pues la locura de Dios es más sabia que los hombres, la debilidad de Dios más fuerte que los hombres" (1 Co 1,23-25).

Debido a la influencia de los misioneros que se oponían a Pablo, y quizás en razón de una concepción cristológica y eclesiológica de tipo triunfalista, los Corintios pensaban que la autenticidad del apóstol dependía de los signos de poder que lo acompañaban: milagros, visiones, etc. Y Pablo que los poseía, hubiera podido envanecerse de ello, y hasta cierto punto, “en un exceso de locura” se coloca por un momento en el terreno de sus adversarios y describe, también él, una lista de esas manifestaciones, pero lo hace como si hablara de otro hombre y no de sí mismo: “Si se trata de presumir, aunque de poco sirva, paso a las visiones y revelaciones del Señor. Sé de un cristiano que hace catorce años – no sé si con el cuerpo o sin el cuerpo. Dios lo sabe – fue arrebatado hasta el tercer cielo; y sé que este individuo - con el cuerpo o sin el cuerpo. Dios lo sabe - fue arrebatado al Paraíso y escucho palabras inefables, que ningún hombre puede pronunciar. De esto presumiré que lo que es de mí, solo presumiré de mis debilidades” (12,1-5).

Invirtiendo el triunfalismo de sus adversarios, Pablo convierte en signo de reconocimiento del apóstol, precisamente, el sufrimiento y la debilidad. Y es esta misma debilidad, la que paradójicamente se convierte en motivo de confianza de seguridad: “Así que muy a gusto presumiré de mis debilidades, para que se aloje en mí el poder de Cristo. Por eso estoy contento con las debilidades, insolencias, necesidades, persecuciones y angustias por Cristo: pues cuando soy débil, entonces soy fuerte” (12,9b-10).

Es el mismo misterio de Cristo el que se renueva en la vida del apóstol: “siempre trasportando en el cuerpo la muerte de Jesús, para que se manifieste en nuestro cuerpo la vida de Jesús” (4,10). Exactamente “paseando”, *peripherontes*; el apóstol es una especie de “ostensorio”, que visibiliza en su misma existencia al Señor Jesús en su misterio de muerte y

Resurrección. La “vida de Jesús” (p.15) corresponde al poder extraordinario, la muerte de Jesús corresponde a la fragilidad del vaso de arcilla (v.7).

“Continuamente nosotros los que vivimos, estamos expuestos a la muerte por causa de Jesús, de modo que también la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal. Así la muerte actúa en nosotros” (4,11-12). Al comienzo de la carta Pablo escribía ya; “Pues si sufrimos tribulaciones, es para vuestro consuelo y salvación; si recibimos consuelos, es para vuestro consuelo” (1,6). Toda esta muerte diaria se transforma en vida, en fecundidad para sus cristianos, en crecimiento espiritual de la comunidad.

Está relación es, sin embargo, desequilibrada, asimétrica. Pablo no dice: “el sufrimiento de Jesús revela en nuestro sufrimiento, y el poder de Jesús se revela en nuestro poder, en nuestros éxitos”. No. La gloria de Jesús no se revela en la gloria del apóstol, el poder de Jesús no se revela en el poder del Apóstol, sino más bien en su muerte, en su debilidad. Fuerza y debilidad no son dos estados sucesivos o alternantes. No hay gloria tras la muerte o a su lado, sino gloria en la muerte, poder en la debilidad. Tanto muerte como debilidad, ambas son muerte y debilidad de Jesús, como lo dirá poco más adelante: Cfr. 13,4, “pues aunque por su debilidad fue crucificado, por el poder de Dios está vivo. Lo mismo nosotros, si compartimos su debilidad, compartiremos frente a vosotros su vida por el poder de Dios”>. La fuerza está en nosotros, pero no es nuestra; la debilidad está en nosotros y al mismo tiempo está en Jesús, quien la asumió. La debilidad del apóstol no es una debilidad cualquiera fruto del egoísmo y del pecado, sino más bien la debilidad de Cristo que revive en el apóstol su misterio de muerte y resurrección. (p.16).

EN LAS HUELLAS DEL HNO. CARLOS



EN LAS HUELLAS DEL HNO. CARLOS.

Testimonio del Hno. Carlos.

Foucauld C

Testimonio del Hno. Carlos.

“La soledad se hace cada vez mayor. Uno siente que está cada vez más solo en el mundo. Unos partieron ya para la Patria, otros hacen una vida cada vez más alejada de la de uno; uno se siente como la oliva que quedó sola en la punta de una rama, olvidada tras la cosecha; a nuestra edad, esta comparación de la Biblia me viene a menudo a la mente... Pero Jesús permanece. Jesús, el Esposo inmortal que nos ama como ningún corazón humano puede amarnos; permanece ahora, y permanecerá siempre. Él nos ha amado siempre, nos ama ahora, y nos amará hasta nuestro último suspiro; y si nosotros no rechazamos su amor, nos amará eternamente. *Caritate perpetua dilexi te, miserans...* Mi querida madre nosotros no podemos quejarnos, no estamos solos, no nos han olvidado; tenemos el Esposo más tierno, más amoroso, más perfecto, que nos ama y nos amará siempre, como ningún humano nos ha amado...”.

Tamanrasset, 1 de Septiembre de 1910.

Carta a su prima Marie de Bondy.

“Comprendo cuando uno es para Vd. no poder realizar estos días servicios tan activos como los que desea: pero el Buen Dios es mejor juez que nosotros; nos inclinamos a dar el primer rango a las obras, que tienen efectos visibles y tangibles; Dios concede el primer rango al amor y a continuación al sacrificio inspirado por el amor, y la obediencia que deriva del amor. Hay que amar y obedecer por amor, ofreciéndonos como

víctima con Jesús como Él quiera... Tratemos pues sin descanso de hacer la voluntad del Bienamado, contando no solo con su misericordia y su piedad, sino con su amor por nuestra pobre alma, "*Charitate perpetua dilexi te*". Sabe de qué barro estamos hechos, Él nos ama nos da la gracia, su gracia, Él es el Buen Pastor buscando siempre su oveja... Soy el primero (p.19) que frecuentemente tengo que decirme estas verdades, para consolarme de ser tan nulo en cuanto obras y actividades y tan miserable en lo que respecta a la vida interior..."

Tamanraset, 20 de Mayo de 1915.
Carta a su prima Marie de Bondy.

"Por medio de pequeños trabajos, trato de preparar los caminos; actualmente no puedo hacer más que dos cosas: preparar el camino a los futuros misioneros, dándole medios para aprender fácilmente la lengua del lugar y darles a conocer el país de antemano, y segundo preparar las almas de los indígenas no haciéndoles discursos, y tratando de traerlos a la fe, sino dándoles confianza, habituándolos a acudir al marabú (es así como me llaman) como a casa de un amigo, estableciendo con ellos relaciones de confianza y amistad. El resto vendrá más tarde: puede que con algunas almas escogidas pueda avanzarse algo más, pero para la masa, a menos que se den algunos acontecimientos imprevistos, no parece que se pueda trabajar sino muy lentamente. Tan ignorantes como son no se entiende como estas almas podrían comprender la verdad de nuestra religión y la falsedad de la de ellos. Lo que más acelera la llegada del Evangelio es la santidad de los misioneros. Ruegue a Dios, para que yo sea el que debo.

Tamengaset, 2 de Abril de 1906.
Carta a su cuñado Raymond de Blic (p.20)

Hermanita Madeleine..

Hta. Madeleine.

Hermanita Madeleine.

Desde hace meses, Santo Padre, estoy afrontando todas las dificultades por tener la alegría de venir a Roma y arrodillarme a los pies de Vuestra Santidad.

Y el Señor así lo ha debido querer, puesto que he llegado a pensar las dificultades casi insalvables - campos de batalla en Marsella, en el Sahara, del Sahara a Túnez, de Bizerta a Roma - que conllevan los viajes actuales.

Sin embargo, soy una "Hermanita insignificante"... y quizás por esto el Señor me da todo lo que le pido y se sirve de mí para la fundación de una nueva congregación consagrada exclusivamente al Islam, a través de la oración, de la inmolación y del apostolado, congregación que quisiera llamar las "Hermanitas de Jesús" (del Padre de Foucauld) bajo el patrocinio del gran ermitaño del desierto.

Roma 14 de Diciembre.
Primera carta al Papa Pío XII.

"Quiero contaros enseguida la alegría de este día de audiencia privada.

Ha sido un favor excepcional, concedido a las "hermanitas insignificantes", en estos tiempos de visitas oficiales: ¡media hora con el papa Pío XII!...

Nuestros más ardientes deseos:

- Poder permanecer siempre como "hermanitas insignificantes", a las que nadie se les ocurriera nunca llamar "Reverendas (p.21) Madres"... y que pudiesen, sin chocar a nadie y sin que haya que reprochar su falta de dignidad, vivir,

alojarse, viajar a la manera de los más pequeños... como Jesús que no ha perdido nada de su dignidad divina tomando la humanidad de un pobre artesano.

-Poder mantener fórmulas como estas:

Poner siempre la claridad por encima de todas las reglas para hacer de ella la regla suprema, el gran mandamiento.

Ser humanos y cristianos, ante todo, sin barreras rígidas, sin minucias exteriores, pero con una formación de vida interior extremadamente profunda”.

Roma 19 de Diciembre de 1944.
Carta a las hermanitas. (p.22).

Testimonios y experiencias



TESTIMONIO Y EXPERIENCIAS.

Una espina en la carne.

Debilidad.

Cardenal Godfried DANNELS.

Una espina en la carne...

Profundicemos un poco más en las dificultades y combates interiores. Lo que más me hace sufrir es mi propia fragilidad y mi propia debilidad. Llevamos este tesoro en vasos de arcilla nos dice San Pablo, y hablaba de “una espina en la carne”; pues bien, cada uno de nosotros sufre por esta espina. Afortunadamente, el apóstol no nos ha explicado en qué consistía la espina. ¿Se trataba de una enfermedad, de una minusvalía, de un sufrimiento moral, una debilidad, el recuerdo penoso de su pasado de perseguidor de la Iglesia, un plan físico crónico? Nunca lo sabrá nadie. Tanto mejor. Porque de esta manera esta espina en la carne resulta suficientemente imprecisa para significar lo que puede dificultar nuestro trabajo apostólico. Es aquel estorbo a propósito del que manifestamos: “Señor, si Tú me libraras de él, sería mejor apóstol bastante más eficaz”. Y la respuesta de Dios os es también conocida: “Mi gracia te basta, pues mi poder se realiza en la debilidad”. El sufrimiento del apóstol no es simplemente un accidente en su recorrido. Es indispensable porque es el medio del que Dios dispone para preservar al apóstol de contar únicamente con sus propias fuerzas. También, cuando Pablo estuvo a punto de ser linchado en el foro de Éfeso, por haber condenado el culto de Diana y arruinado con su predicación el floreciente comercio de reproducción de la imagen de diosa por el orfebre Demetrio, escribió: “No quisiera hermanos que ignorareis lo que tuvimos que aguantar en Asia: algo que nos abrumó tan por encima de

nuestras fuerzas, que no esperábamos salir con vida. Dentro de nosotros llevábamos la sentencia de muerte, para que no confiáramos en nosotros, sino en Dios que resucita a los muertos” (2 Co1, 8-9).

En fin, un último sufrimiento nos es infringido, por la inmensa indiferencia religiosa en la que vivimos. ¿Cómo es posible que aquello por lo que yo he entregado mi vida interese tampoco? ¿Seremos unos inadaptados? O ¿los demás (p.25) unos malnacidos? ¿Cómo es posible que amor no sea amado, según la queja famosa de Francisco de Asís? ¿Cómo acostumbrarse al silencio glacial del universo y a la perfecta indiferencia de los hombres ante la muerte en cruz del Hijo de Dios? ¿Y cuándo el Hijo del Hombre venga sobre la tierra encontrará todavía fe?

El combate espiritual consiste, en resistir en medio de esta gran indiferencia, no de manera heroica, sino por la gracia de Dios. Para no caer en la tentación de condenar a nadie ni de creerse orgullosamente más santo que los demás. El combate de la esperanza es el fundamental: que la desesperanza no se instale en nuestros corazones. La única gran tentación a la que todos los santos se han visto sometidos al final de su vida, es la tentación contra la esperanza. Por ello Péguy pone en boca de Dios en *El pórtico del misterio de la segunda virtud*: “La fe no me sorprende. La caridad tampoco, lo que me sorprende, dice Dios, es la esperanza”. Y todos los que continúan esperando. El amor no pasará nunca. Pero en la hora actual, de las tres virtudes teologales, la más grande es la esperanza.

Cardenal Godfried Dannels.
Arzobispo de Bruselas. Malinas. (p.26)

¿Una experiencia de encuentro con Dios?

Debilidad.

R. FILAKOTA.

Situaciones de debilidad:

¿Una experiencia de encuentro con Dios?...

¿Las situaciones de fragilidad y de debilidad que vivimos como sacerdotes diocesanos africanos, son una experiencia de encuentro con Dios, lugar de gracia, de fecundidad espiritual y apostólica?

Mi exposición se refiere a la situación de África central, tan sacudida por diferentes dramas socio – políticos, pero animada por una gran esperanza y una voluntad de seguir siempre adelante. Me refiero a una Iglesia a la vez misionera por su herencia estructural y local y por su enraizamiento geográfico y cultural. Una iglesia en la que el sacerdote es a la vez un hombre exaltado por sus cualidades, su olor de santidad, y a la vez despreciado por sus debilidades; muy solicitado por sus diversas ayudas y servicios y rápidamente olvidado cuando no se le necesita, protegido por su “status” sacerdotal y perseguido cuando habla claro, respetado por su sacerdocio (respeto sagrado) y maginado por su debilidad. Este es el retrato robot del sacerdote secular, tal como se encuentra tanto en la República Centroafricana, como en el Camerún, Chad o los dos Congos.

1. El sacerdote, hombre perfecto y sin defecto.

Bajo la influencia de la primera evangelización muchos cristianos negros africanos han considerado al sacerdote como

un hombre perfecto, sin tacha, sin fragilidades ni debilidades. Casi no se creía que moriría de muerte natural como el común de los mortales. Tal mentalidad, muy de la época, estaba mirando hacia un pasado ya pasado, mientras que nuestra Iglesia peregrina como lo ha querido el mismo Señor, continúa haciendo su trozo de camino. Hoy todavía, no hemos calculado las consecuencias de tal mentalidad.

¿Cómo se llegó a ello?

Una imagen selecta de sacerdote era lo normal en un momento dado de nuestra historia colonial, como anteriormente lo había sido en Europa, y tenía quizás su razón de ser. Produjo sus servicios a nuestras Iglesias que en su relación al mundo, querían forjarse un perfil a medida, o “una reputación digna”. Desgraciadamente, a lo (p.27) largo de los años, se han desarrollado dentro de ella, una serie de gigantes “con pies de barro” y algunas castas. Las castas de los sacerdotes que se consideraban inmunizados de las debilidades y los pecados de los cristianos ordinarios, y las castas que se asimilaban a las de los pecadores públicos, la casta de los rentables y la de los improductivos, la casta de los indispensables y la de los que no valían nada... olvidando con frecuencia que cada uno de nosotros es, según la fórmula de Lutero, *simul iustus ac peccator* (a la vez justo y pecador). “La Iglesia que acoge en su seno a los pecadores, es a la vez Santa y debe siempre ser purificadora, por la penitencia y la renovación” (LG8).

El clero regular y secular, misioneros expatriados y autóctonos han deseado vivamente vivir en comunión y solidaridad. Ha sido un ideal compartido por todos, en las diferencias culturales, temperamentales y carismas propios. Sin embargo, no se puede soñar demasiado. Entre el sueño y la realidad existe siempre un abismo que solo lo imprevisto puede llenar a su antojo. No nos queda más remedio, que aceptar con

una pizca de humor, “lo menos perfecto“ de nuestra realidad de vida consagrada como algo siempre a construir, a inventar algo según los carismas de cada uno. Dar pruebas de realismo evangélico es reconocer y aceptar nuestras debilidades propias como formando parte de la humanidad que Cristo ha venido a salvar y divinizar.

2. La inseguridad como lugar de fragilidad.

Hasta hace no mucho nuestras iglesias gozaban de libertad religiosa y de una gran seguridad, pues “las autoridades políticas debían tener por santo el nombre de Dios y considerar como uno de sus principales deberes, el de favorecer la religión, protegerla con benevolencia, tutelarla y no hacer nada contrario a su integridad”. Hoy, este privilegio ha quedado relegado al museo de las grandes nostalgias.

Han hecho falta los acontecimientos dramáticos de los Grandes Lagos, los enfrentamientos en los dos Congos y en la República Centrafricana, para empezar a darnos cuenta hasta qué punto, nuestras Iglesias están cada vez más amenazadas, y hasta qué punto el clero se encuentra en una gran inseguridad. No solamente el clero, pues en el caso de las religiosas, la situación es todavía peor. Ellas están doblemente expuestas. Descubrimos finalmente, que la idea que el clero era intocable, no queda sino un pobre mito. (p.28).

La mayoría de las matanzas de Ruanda se han hecho en las iglesias. Simplemente porque la gente que había encontrado refugio en ellas, creía que las mismas eran sagradas, tan inviolables como una embajada y que nadie se atrevería a tocarles un cabello. Se produjo precisamente lo contrario: hombres, mujeres y niños que llegaban a las iglesias fueron

liquidados sin piedad como en un campo de batalla. El tabú de lo Sagrado, recibía así un sagrado golpe.

En Centroáfrica, en los últimos levantamientos, una parroquia, en el corazón de un barrio popular, fue invadida por los insurrectos y convertida temporalmente en base militar.

Despojados de nuestras falsas seguridades, diocesanos, religiosos y religiosas, tomamos conciencia, ahora, de nuestra fragilidad en el seno de una sociedad seriamente sacudida. No tenemos que quejarnos, porque junto a nosotros hay miles de personas que soportan las mismas condiciones de vida. La imagen que mejor corresponde, para describir al clero diocesano hoy, en África Central, es la de Juan el Bautista, un hombre frágil, muy poco protegido, entregado a la carroña, al poder de la autoridad romana, y al poder religioso judío. Pero un hombre libre y cercano a su pueblo, con una palabra tajante, profética y eficaz.

Es en el corazón donde está la dolorosa experiencia que hemos aprendido hasta qué punto el compromiso radical de seguir a Cristo, comporta tantos riesgos. Hay que salir de los senderos batidos para entenderlo. La vida pública de Jesús, lo sabemos, no ha sido una vida de total reposo, sino una vida marcada por un conflicto mortal con las autoridades religiosas y políticas de Jerusalén. Fue a través de una historia de sufrimiento como se llegó a su arresto, flagelación y su ejecución. No tuvo un gran éxito durante su vida terrestre y conoció un final solitario. En estos sufrimientos le imitó también el Hno. Carlos de Foucauld. Olvidado de su familia y de sus amigos, hasta su Dios parecía olvidarlo. Lo último que conservamos de él, es un grito de abandono que expresa confianza. Más que un grito es una auténtica oración de

abandono. Es en esta oración en la que se sumerge la del Hno. Carlos como un río que desemboca en un océano.

Hoy, las Iglesias de arriba, como consecuencia de estas dolorosas experiencias, empiezan a bajar de su pedestal para encontrar un lugar en las iglesias de abajo, entre los menos protegidos, (p.29) los excluidos, los hambrientos, los perseguidos, los descontentos. La historia, memoria viva del pasado, nos ha mostrado que cuando la Iglesia se instala en el poder o en el confort, pierde su audacia apostólica.

De nuestra fragilidad, hemos aprendido a redescubrir el paso de Dios en los pasos de los más débiles, en los pasos de los despojados. Es todo el misterio de la Encarnación el que hemos aprendido a descifrar a partir de nuestra fragilidad.

Cuando las iglesias han comenzado a despojarse de su clericalismo, han vuelto a ser populares rápidamente. Vuelven a encontrar un cierto aprecio y credibilidad, e incluso legitimidad en la población. Incluso algunas ONG pasan a través de ellas para poder escapar al dirigismo del Estado y alcanzar más eficazmente a las poblaciones concernidas por sus proyectos. Pero, ¿hasta qué punto pueden las iglesias de África Central comprometerse al lado del pueblo sin irritar por ello mismo a los poderes establecidos? No es fácil sentir junto a un lado, sin irritar al otro. Una situación más de fragilidad añadida a la anterior.

Las iglesias católicas tras la llegada de las democracias han sido consideradas como partidos de oposición. Figuran siempre entre ellos, a causa de las múltiples llamadas de favor de los derechos y de la dignidad del hombre, a causa de su hablar claro, de sus diversas denuncias contra la corrupción, el clientelismo, el tribalismo, el pillaje del patrimonio nacional.

3. La fragilidad de la edad.

En Europa los sacerdotes se sienten más frágiles a causa de su avanzada edad y de su falta de relevo o refuerzo, mientras que en África son frágiles a causa de su juventud, y el insuficiente número de los mismos frente a una cristiandad en crecimiento.

Los obispos preocupados por proveer a algunas parroquias sin sacerdotes, envían a jóvenes sacerdotes a vivir solos en sectores pastorales equivalentes a una ciudad como Friburgo (30.000 habitantes). El joven sacerdote debe aprender no solo a arreglárselas con su soledad, sino también a gestionar su parroquia, a cargar con el personal, a reparar su vehículo y “enjuagar las lágrimas” de sus parroquianos. (p.30).

Con poca experiencia un sacerdote joven que vive solo, se siente con sus solos recursos personales, o entregado al capricho de sus allegados. En consecuencia trata de consolarse en un desorden organizado o refugiarse en un activismo agotador y enfermizo. Son escasos los que escapan a estos extremos.

Personalmente pasé por ese bautismo de fuego, y afortunadamente descubrí poco tiempo después que un hombre hizo de su soledad el laboratorio de “la fraternidad universal”. Este hombre fue el Hermano Carlos. Y concluí tras este descubrimiento: “feliz soledad que me condujo a la Fraternidad “Jesus Cáritas”. Fue una curiosa experiencia para mí, que me encontré en una parroquia en zona rural donde protestantes y musulmanes eran mayoría. Estábamos “condenados” a compartir la vida diaria. Los llamo hermanos porque viví una experiencia muy especial con ellos. Fue entre ellos donde comencé a experimentar de manera concreta y en aquella circunstancia la fraternidad universal, antes de descubrir la elaborada por el Hermano Carlos.

4. La fragilidad de los medios.

Nuestras iglesias locales, acéptese o no, siguen marcadas por la huella dejada por los misioneros (en sentido tradicional). Nosotros hemos vivido bajo su régimen providencial, tutelar, e incluso con un suero europeo, para poder construir edificios eclesiásticos, seminarios, etc. Los recursos llegan directamente de Roma, los estipendios de misas para el clero diocesano llegan, en buena medida de Europa. La dependencia estructural nos ha conducido a la dependencia mental. Muchos cristianos están acostumbrados a recibirlo todo de la mano de los sacerdotes. ¡Qué difícil es hacerles comprender que los tiempos han cambiado! Los obispos africanos que han sucedido en sus sedes a los europeos, tienen grandes dificultades para hacerse cargo del mantenimiento de sus sacerdotes. Quizá les hace falta aprender a leer las Escrituras entre líneas, pues cuando más sopla el Espíritu Santo en sus iglesias, más escasa se hace la Providencia. A la espera de dilucidar este misterio, son numerosos los obispos que se ven obligados a crear medios de producción financieros, una librería, un garaje, una carpintería, una imprenta, para responder a las necesidades de sus diócesis.

* A título de ejemplo, los medios de desplazamiento han llegado a constituir un lujo por su elevado precio, tras la devaluación del franco CFA. Y a pesar de ello los sacerdotes que trabajan en zona rural y cubren sectores pastorales amplios, no pueden normalmente trabajar sin un equipamiento adecuado. Además en zona rural, un sacerdote es a la vez socorrista, conductor de ambulancia, bombero, incluso empleado de pompas fúnebres. Somos conscientes de que no debemos esperar recibir grandes medios para ponernos a trabajar. A través

de medios extremadamente limitados, aprendemos también a ser solidarios de nuestro continente que atraviesa una gran crisis económica, en el momento en que los inversores abandonan África a favor de Europa del Este, o simplemente de Europa.

* Los medios de comunicación son muy limitados para un territorio amplio y siempre hay que desplazarse cuando hay que comunicar un mensaje a particulares o a las comunidades. He aquí una de las grandes dificultades para nuestras fraternidades de África, tanto para encontrarse como para comunicar. A menudo exige buena voluntad y sacrificio. A este nivel es importante la cultura del tiempo y la paciencia, de lo contrario se corre el riesgo de abandonar lo esencial.

* Los medios de subsistencia de los sacerdotes diocesanos dependen totalmente de los estipendios de misas. No viven más que del altar. Es posible que algunos ingresos varíen de unas diócesis a otras, pero de cualquier manera son muy limitados. Hemos tenido que aprender a cultivar poco a poco el espíritu de la pobreza, despojamiento de lo material y de solidaridad con los más desposeídos. Hay entre nosotros un dicho que afirma: "Para ver las lágrimas de un pescado, hay que meterse en el agua, para (p.32) saber si una casa se derrumba hay que entrar en su interior". Hay que tener la experiencia de la pobreza para saber algo de ella. Cuando solo se habla de ella, incluso piadosamente, como lo hacen algunos hermanos, no se sabe de qué se habla. El Cardenal Etchegaray comparte esta opinión cuando dice: "Quién no conoce el mordisco de la pobreza en su propia carne, no puede afinar su mirada para ver a los pobres en las

esquinas en que se esconde o en las nuevas formas de pobreza en que se oculta hoy”.

La precariedad de nuestros medios nos libera de cierto orgullo, del sentimiento de suficiencia, del falso poder y de muchos complejos. A través de los medios pobres hemos aprendido a no despreciar a nadie, a ser abiertos, a ser tiernos con los hombres, La palabra de Libermann a este respecto es bastante precisa: “Si tuviéramos medios poderosos en nuestras manos, no haríamos mucho bueno. Ahora que no somos nada, que no tenemos nada, y no valemos nada, podemos hacer grandes proyectos porque las esperanzas no se funden en nosotros, sino en Él que es todopoderoso”.

5. Las debilidades.

En África Central, las iglesias ofrecen una palabra libre frente al Estado y a la sociedad, pero no escapan a la trampa del moralismo en la que caen sacerdotes preparados para dar lecciones de moral, a quien quiera escucharles. Tenemos que hacer un esfuerzo para romper con este comportamiento que roza a veces con el corporativismo.

* La tentación del confort está siempre presente, aun cuando hagamos esfuerzo por vivir una vida de pobreza evangélica. El mayor sacrificio es considerar siempre que nunca debemos creernos irremplazables ni indispensables, pues después de todo lo que hemos realizado, seguimos siendo “siervos inútiles”. Jesús hubiera podido instalarse en Betania donde se vivía a gusto, ¿por qué continuó hasta Jerusalén sabiendo que allí le esperaban dificultades y complicaciones enorme? Para nosotros hoy, son las situaciones de debilidad las

que no señalan hasta qué punto debemos arriesgarnos sin estar seguros ante la acción emprendida. (p.33).

* En algunas diócesis de África Central, nos lo cuenta un sacerdote congolés, las relaciones entre obispos y sacerdotes no están basadas en una fraternidad real, sino en un régimen de superior a subordinado, de mandato y obediencia ciega. Hay jóvenes sacerdotes, que por algunos errores, son destinados a su pueblo natal como castigados, lo mismo que lo hacía algunos jefes africanos para humillar a sus adversarios y sus colaboradores políticos. Son experiencias que se revelan, a menudo, dramáticas, incluso trágicas en algunos lugares.

* Mientras que en Europa los sacerdotes mueren muy ancianos, en África subsahariana, muchos compañeros mueren muy jóvenes. La esperanza de vida es corta a causa de la falta de estructuras sanitarias adecuadas, de casas de reposo, de la sobrecarga pastoral, de las condiciones de vida y trabajo, muchas veces heroicas, sin embargo el que ha puesto mano en el arado del Señor no puede mirar atrás, si no, no es digno de Él. Como dice el salmo: “Heme aquí Señor, para hacer tu voluntad”.

El breve análisis y los ejemplos que hemos presentado no tienen otra finalidad que mostrar, a pesar de la floreciente juventud de nuestras iglesias africanas y de su dinamismo, estamos confrontados como nuestros hermanos europeos, según las realidades específicas de cada uno, a numerosas situaciones de fragilidad y debilidad.

En nuestras respectivas situaciones, la palabra de Pablo “porque cuando soy débil, entonces es cuando soy fuerte” es para nosotros fuente de fortaleza y esperanza. Pablo nos

asegura, a partir de su propia experiencia, que nuestra debilidad y nuestra impotencia pueden ser lugares de gracia, de encuentro con Dios, de fecundidad espiritual y apostólica. Como lo comentaba un hermano europeo “reconocer nuestra debilidad y nuestra impotencia en la mayoría de las situaciones es un camino hacia una oración de dependencia, de abandono y de confianza en la voluntad de Dios”.. Por ello podemos como Cristo, impotente y débil en la cruz, gustar la gloria de Dios.

R FILAKOTA.

(p.34).

Ideas y Orientaciones



IDEAS Y ORIENTACIONES.

La Iglesia humillada.

Debilidad.

Jacques FOYER.

La Iglesia humillada.

Existen golpes y existe la humillación. Heridas en el cuerpo y heridas en el alma. Sufrimiento y sentimiento de derrota. El sufrimiento puede coexistir con la victoria; no tiene el mismo gusto que el que acompaña a la derrota.

El misterio pascual es la victoria de Cristo sobre la muerte. Pero entre el viernes de Pasión y el Domingo de Pascua está el sábado de la humillación. Ese día en que Cristo es enterrado como perdedor. El día en que los apóstoles toman conciencia de su cobardía. El día en que se espera con ansiedad el veredicto del Padre. Humillado, Jesús ha sido humillado durante toda su Pasión. Su muerte y enterramiento “humillan” al rey de los judíos. Al mismo tiempo sus discípulos se dispersan, Judas traiciona, Pedro reniega, los demás huyen. La iglesia antes de ser unida por el fuego y habitada por el Espíritu, pasa por este sábado de vergüenza.

A lo largo de su historia, algo de estos tres días sigue marcando la vida de la Iglesia. Es verdad que la Iglesia ha sabido hacer de algunas persecuciones momentos de triunfo, y de algunos de sus mártires, héroes. Pero también es cierto que ha conocido fracasos, derrotas, divisiones, que no pueden presentarse como victorias. Cruzadas pérdidas, comunidades desgarradas, servidumbres políticas que tienen el gusto de la ceniza.

También hoy continúa sufriendo diversas humillaciones. Conocemos las burlas de la opinión, el sarcasmo de los medios de comunicación y las caricaturas de los patios de recreo. Conocemos las pruebas más graves de las Iglesias sometidas a la clandestinidad y disminuidas por las persecuciones. En otro registro, conocemos también la realidad de los sacerdotes pedófilos, así como la complicidad de algunos obispos en las atrocidades argentinas. Conocemos la incapacidad de las iglesias para detener el genocidio ruandés, los egoísmos de nuestras sociedades llamadas cristianas. Humillaciones todas (p.37) que afectan a la Iglesia entera. Desde hace dos mil años anuncia el Evangelio a todas las naciones: ¿acaso se nota?

La santidad de Cristo habita en esta Iglesia frágil, frágil porque está compuesta de hombres, frágil porque está amasada por pecadores, frágil por ser pueblo sometido a las violencias de la historia. No cuenta con más seguridad que la promesa de Jesús: “El imperio de la muerte no podrá contra ella” (Mt 16,18). En otro tiempo los salmistas clamaban a Dios, y en frases estremecedoras manifestaban la humillación de los justos, la llamada al Todopoderoso y el escándalo del silencio de Dios. ¡Despierta, vuélvete, defiende tu causa, concede la victoria a tus fieles! Nada diferente manifestaban los discípulos a Jesús dormido, con ocasión de la tormenta en el mar. Con ellos, la Iglesia continúa viviendo sus humillaciones, con la pregunta misma del Crucificado: “¿Dios mío, Dios mío, porque me has abandonado?” Pues es humillada no solo en su orgullo, sino en su santidad. Ella se denomina “Cuerpo de Cristo” y “Templo del Espíritu”, y se entrega a los accidentes y altibajos del mundo. Se pierde como las demás potencias, se equivoca como las demás doctrinas, se divide como los demás grupos. Necesita dinero, armas, abogados, protectores. Puede envanecerse de su pasado, y estar segura de su futuro. Pero también puede acusar

las críticas e inquietarse por su mañana. En ocasiones debe arrepentirse y reconocer que el pecado agobia a sus miembros.

Tal es la vocación de la Iglesia: mostrar la grandeza de Dios en la pequeñez de sus miembros. Pertenece a las reglas del juego. Jesús tomó un cuerpo, y conoció el hambre, el cansancio, el sufrimiento. Fundó una Iglesia y conoce sus tentaciones, ambiciones, envidias.

Esta es precisamente la clave de la cuestión. La Iglesia es la humillación de Cristo. La buena noticia de la resurrección fue confiada a hombres pecadores. No es solo el lugar en el que Jesús recibe hoy las injurias, sino que ella misma es la injuria. El Espíritu derrama santidad en la Iglesia, pero las llagas que el Resucitado continúa mostrando son las de su cuerpo que es la Iglesia. Y, a pesar de ello, la Iglesia sigue siendo el templo del Espíritu y el Pueblo del Padre, al mismo tiempo que el Cuerpo frágil de Cristo. (p.38).

Humillada por vocación, la Iglesia no escapa a la turbación de la humillación. Su fracaso, su debilidad, su pecado, forman parte del plan divino, pero ¡con cuánta dificultad los soporta! Lo mismo se culpabiliza que excomulga. En ocasiones justifica sus debilidades, en otras esconde públicamente sus errores. No siempre se deja ella misma engañar con los discursos con que trata de salvar su imagen. Y haciéndolo así, vuelve a ser profundamente humana. Ninguna persona, ninguna institución reacciona de manera diferente al encontrarse con la humillación.

HUMILDAD Y HUMILLACIÓN.

La humildad es una virtud en la que se invita a todos los cristianos, consiste en aceptar la verdad de lo que se es. La

vanidad nos lleva con frecuencia a construir una imagen embellecida de nosotros mismos. El orgullo alimenta pretensiones de tarea social fuera de nuestra competencia. Reclamamos honores que no nos merecemos. La humildad nos invita a renunciar a esos sueños y a volver a la realidad. La Iglesia, aun cuando la Palabra de Dios le conceda una misión y un "status", en el misterio de Dios, debe mirarse como es: pueblo de pecadores santificados por la misericordia, parte de la humanidad donde se cruzan gracia y libertad, institución divina entregada a la responsabilidad de los hombres, promesa del Reino que llega, entre el "ya" y el "todavía no" indiscernibles. La humanidad no puede conducirla a negar ni en estas limitaciones ni las gracias que la constituyen.

La historia nos muestra que la Iglesia no siempre ha mantenido el camino de la humildad. En nombre del honor de Dios, del que se hizo campeona, cubrió faltas que fueron su vergüenza. En nombre de la Palabra recibida, quiso dominar allí donde su Maestro quiso ser servidor. En nombre del Reino que ella anuncia y prepara, pretendió conocer todos los secretos de Dios, teniendo siempre la última palabra respecto de todo, y ha creído tener la respuesta aún antes de que se plantearan las preguntas. Es verdad que, en su seno, gracias al carisma del Espíritu, las voces de los santos la han llamado repetidas veces a la humildad. Especialmente el último Concilio la invitó a recibirse del Dios Trinidad para encontrar su lugar (p.39), servidora y pobre, en la historia de los hombres.

La humillación tiene relación con la humildad, a pesar de ser bien diferentes. En nombre de la humildad, la Iglesia ha renunciado a prestigios demasiado humanos o ha reconocido públicamente sus errores y faltas. Sin embargo, la palabra humillación hace referencia a aquello que se sufre. El otro, un enemigo malvado, quizás el Príncipe de las tinieblas, rasga la

Púrpura y muestra desnudo al Rey. Los discursos confiesan sus mentiras y las pretensiones aparecen sin fundamento. La verdad estalla la luz. La confusión que se origina en la desnudez mostrada y los globos deshinchados, puede ser un sufrimiento que conduzca a la humildad. Pero no necesariamente. El orgullo herido puede, al contrario, ensombrecerse y buscar su revancha. Siempre existe un gran riesgo al humillar al adversario. Herido en su amor propio, el orgullo puede transformarse en un cruel tirano.

Si la humildad es una virtud, la humillación es una herida. La humillación se relaciona con las apariencias deshechas. El enemigo descubre el fallo. El humillado pierde sus ilusiones. Es bajado “a tierra”, puestos sus pies en el “humus” de la verdad. El orgullo vive de apariencias y la humillación golpea en las apariencias. Pero, ¿acaso Dios puede ser humillado? ¿Qué ilusión puede perder Dios? ¿Qué mentira podrá denunciarse en Él? Dios no puede conocer la humillación, tan poco el sufrimiento, excepto si toma la condición humana. El hombre puede ser humillado tanto en sus pretensiones orgullosas como en su legítima dignidad. La condición humana es conciencia de sí y encuentro con el otro. El hombre necesita una imagen de sí que le haga vivir, tanto “para mirarse de frente”, como para cruzar su mirada con los demás. Ser despojado, desnudado, violado, tratado como una bestia, vilipendiado, produce heridas más graves que los golpes. Cristo fue humillado en este sentido como tantos otros cristianos y no cristianos. Pero creemos que esta humillación no privó a Jesús de la última certeza de lo que Él era: Dios hecho hombre. Cuando le ocurre a la Iglesia conocer esas mismas humillaciones, le es necesario conservar en lo más secreto de su fe la certeza de la presencia del Espíritu de Dios.

Las heridas de la humillación provocan una reacción: (p.40) abatimiento o rebelión a la voluntad de Dios, y también

movilización violenta contra quiénes humillan. Con frecuencia, todas las sutilezas de la psicología se utilizan para negar la humillación. O se rebajan las pretensiones (“Están verdes”. dice el zorro ante las uvas inalcanzables), y se acusa a los periodistas, realizadores de imágenes, y sus campañas malévolas, o se disimula el fracaso recordando otras victorias. Puede ser una forma dejarse interpelar por la humillación.

LAS GRANDES HUMILLACIONES DE LA IGLESIA.

Atreverse a mirar, atreverse a nombrar, atreverse a describir las humillaciones de nuestra Iglesia, no comporta en absoluto la falta de fe. Conservamos toda nuestra confianza en Cristo y en su Espíritu, pero rehusamos vivir en la ilusión. Sin duda se trata de un recorrido espiritual difícil, pero esencial. En la tempestad de la humillación arriesgamos el valor, “Hombres de poca fe” nos dirá Jesús cuando le comuniquemos parte de nuestra angustia. Pero si nos manda ordenar al viento que nos obedezca, si nos ordena seguir dormidos junto a Él soñando hermosos sueños. Mirar el abismo de las olas, confesar el miedo de la tripulación, considerar la fragilidad de la embarcación, y al mismo tiempo, despertar a Cristo que duerme, ¿no es acaso vivir como Iglesia?

La prueba de la esterilidad.

La iglesia de Francia y como ella otras antiguas iglesias de la cristiandad, pasan por la prueba de no saber ya engendrar. Los esfuerzos tan mal compensados de la pastoral vocacional, el envejecimiento de las congregaciones religiosas y el cierre de sus casas, se añaden a las lágrimas de los padres cristianos que manifiestan no haber sabido transmitir la fe a sus hijos. Para la psicología de los pastores envejecidos y para la conciencia de los cristianos es una pesada prueba. Sin trampear, hay que

reconocer la baja de nuestros efectivos, afrontar las estadísticas y enfrentarse a la situación.

Sin embargo, hay que reconocer que la prueba de la esterilidad es una prueba bien conocida en la Biblia. Isabel, por ejemplo (Lc 1,7), como (p.41) Ana, la madre de Samuel (1 Sam 7,5), Manoaj, la madre de Sansón, (Jue 13,2) a quienes se denominaban estériles, nos han comunicado su sufrimiento. Si el niño es un don de Dios, alegría de la madre, orgullo del padre, no tenerlo es una vergüenza. ¿Qué es lo que Dios les reprocha? ¿Qué pecado oculto quiere denunciar? ¿Quién merece el castigo? En la Iglesia sentimos esta relativa esterilidad como una vergüenza. La tentación de acusar y condenar es grande. Y, sin embargo, ¿quién conoce el sentido de estos acontecimientos? Es tan vano buscar las causas en las debilidades conciliares como afirmar rápidamente que tal es la voluntad de Dios.

Es necesario asumir la humillación bajo la mirada de los hombres, no negarla, ni alegrarse por la penuria de vocaciones. Sino hacer todo lo posible para llamar, para acoger, para animar y esperar la respuesta de Dios a nuestras llamadas. Vivir hoy el desierto y la penuria con una gracia. Fue necesaria la esterilidad de las santas mujeres para poner en evidencia la iniciativa de Dios.

La certeza de que un día con María cantaremos (p.42) el *Magnificat* no nos ahorra la humillación. Antes de que llegue el día del Benedictus hay que aceptar el quedarse mudo como Zacarías, incapaz también de conocer cuál es el sentido de la esterilidad de su esposa. Cuando lo conoce, no puede manifestarlo. De la misma manera, la Iglesia se calla, y en su silencio, por su serenidad y confianza, manifiesta que será conocido un día el secreto de Dios.

La prueba de la impotencia.

La Iglesia, especialmente en Europa, conoce el papel que ella misma ha jugado entre reinos e imperios. Nuestra memoria está todavía ocupada por el recuerdo del Papa coronando a los emperadores. La Iglesia se manifestaba en la pompa y la riqueza de los prelados, en el lujo y las novedades de sus palacios, pero también en el esplendor de sus catedrales y la majestad de sus monasterios. Incluso si algunos santos y herejes pudieron criticar estos signos de esplendor humano, la gran masa de los cristianos se sentía orgulloso de ellos y opinaban que el fasto era legítimo.

Pero más allá de las apariencias, existía un poder (p.42) real, que sabía intervenir en los asuntos temporales, especialmente en los políticos. La Iglesia a partir de Constantino y hasta la Revolución francesa, a todo lo largo de su historia, siguió siendo un agente con el que era preciso contar. Incluso cuando el Papa perdió su poder temporal, cuando la República francesa proclamó la separación de la Iglesia y el Estado, aquella supo conservar su peso y protagonismo. La Iglesia juzgaba leyes y pesaba sobre los hechos. Incluso hoy, con mayor discreción, sin duda, nadie puede ignorar su presencia.

Sin embargo, poco a poco, la Iglesia siente que su audiencia se reduce. Las legislaciones se distancian de la tradición judeo-cristiana. Hace todavía pocos años, no se hubiese desarrollado ningún debate público sobre un tema cualquiera sin que se invitase a alguno de sus representantes. Hoy se olvidó. En el debate público hay que sentarse junto a otras religiones, minoritarias o extranjeras. Esta humillación la conoce también la Biblia, desde el momento en que sus más piadosos reyes perdían batallas y morían en la guerra (cf.

Josías, 2 Re 23,24). El pueblo de Dios exiliado lejos de Jerusalén conoció también la vergüenza de la derrota.

La imagen de Jesús, en el transcurso de su Pasión, es una patética humillación: *“Mirad al Rey de los judíos”*. Con los irrisorios atributos reales con que los soldados lo adornaron, el trapo de púrpura, la corona de espinas, el cetro de caña. ¿Dónde queda el hijo de David, el rey de los judíos, el Mesías de Dios? *“¿Eres tú el Rey de los judíos?”* pregunta Pilatos (Lc 23,3). *“Si lo eres, sálvate a ti mismo”*, replican los soldados (23,37). ¿Dónde están tus armas? ¿Dónde tu poder? Y ante esta humillación Jesús se calla. No responde nada (Mt 27,12). No rehúsa el título de Rey. No se da prisa en decir que su reino no es de este mundo. Se presta, sin decir palabra, a la parodia de los soldados.

La Iglesia de hoy, llena de títulos de otro tiempo, confusa de riquezas que ya no son tuyas, mirada con sorpresa curiosa por los jóvenes que nada saben de ella, ¿qué otra cosa puede hacer sino callarse? La dignidad de su impotencia sigue siendo su verdad. Sobre todo, ¡que no se agite como una mosca molesta para creerse indispensable! ¡Que no busque un (8p.43) poder de otro estilo más eficaz que el anterior! ¡Que no renuncie a decir algo al mundo, que corra el riesgo de desprecio! ¡Que no alimente estrategias de revancha a la espera de reencontrar su fuerza!

La prueba de la insignificancia.

La humillación de nuestra Iglesia no viene solamente de su esterilidad y de su impotencia. Viene también de no ser lo que quiere ser. Quiere expresar el Evangelio y no encuentra palabras oportunas. Muestra el manantial de la vida para que los hombres beban de él, y estos lo rechazan. Hace signos que nadie

entiende. Invita a la fraternidad y sus miembros se desgarran entre ellos. Se llama cuerpo de Cristo y se muestra como un club de bien pensantes.

Los sacerdotes sufren al realizar gestos que nada significan, sufren por tener que coger como creyentes e incrédulos conocidos, sufren por no ser sino los guardianes de tradiciones que se van perdiendo. Las iglesias se transforman en salas de espectáculos, e incluso en mezquitas. Para acompañar los grandes momentos de la existencia, ¿es necesaria la fe, o solamente el decorado arquitectónico?, ¿los sacramentos o los ritos tradicionales? ¿Acaso la Iglesia no está convirtiéndose en lo que no quiere ser?

Los servicios que habían fundado en favor de los hombres (asilos, hospitales, escuelas, movimientos...) se le escapan lentamente. Se creía indispensable, y los servicios se realizan sin su presencia. Se creía competente, y resulta que los otros lo hacen mejor. Quería hacerse presente en el mundo, pero no encuentra las iniciativas capaces de transmitir el mensaje que lleva. Y si las encuentra, no tiene ni los medios ni las personas.

En la Biblia esta humillación es también conocida. ¿No es la de Job, que pierde sus bienes, sus parientes y hasta su salud? Todo se hace pedazos, incluso su piel. El secreto está ahí, es conocido: es Satán que ha obtenido permiso para poner a prueba a aquel cuya fe es conocida como ejemplar. ¿No es la viña del Señor, sin cerca, entregada a los que pasan, abandonada por el viñador? Y esta viña es el pueblo de Israel, con el que Dios hizo alianza. ¿Israel, es digno del Dios que lo plantó? ¿Cómo el extranjero (p.44) que pasa puede reconocer en este pueblo al pueblo de la promesa?

En el Evangelio Jesús mismo es desfigurado, despojado de sus vestidos. ¿Cómo reconocer al hijo de Dios donde ya no es posible reconocer al hombre? ¿Dónde está el profeta que hablaba con autoridad? ¿Dónde están los discípulos y las masas de testigos de las maravillas que surgían a su paso? ¿Dónde está la esperanza que suscitó? También aquí es solo el silencio el que responde a estas preguntas. Al entregar su espíritu, Jesús no explica nada. Deja durante tres días todas las preguntas sin respuesta. El sepulcro podría parecer el punto final de esta aventura. Y sin embargo, nosotros sabemos que eso no es así. Pero también que la Iglesia no es más que su Maestro. Se interpreta el entusiasmo de los Apóstoles como efecto de la bebida (Hech 2,3) o el discurso de Pablo como propuestas inaudibles (17,32). A la primitiva Iglesia se la considera como una secta con intenciones subversivas, o como un comercio de sueños y mentiras. Se quiere comprar su honor o clasificarla entre las supercherías, o se la trata como un apoyo a determinada fuerza política. ¿Cómo reusar, sin embargo, ser entregada de esta manera a las ambigüedades de la opinión pública?

NO PERDER LA ESPERANZA.

La humillación no es un fin en sí. La Iglesia se equivocaría si se complaciera en ella. El silencio del sábado santo, habitado por los gritos y el horror del viernes, tiene el anuncio hacia el Aleluya del domingo de la Pascua. No es una resignación ante la fatalidad a lo que la Iglesia es llamada, sino a la revelación a todas las naciones del misterio pascual.

Le es necesario dar cuenta del triunfo de la gracia, del poder de la Palabra, de la esperanza de los corazones preparados por el Espíritu. Tiene que manifestar, en las persecuciones que sufre y por la voz de sus mártires, que es en

la Cruz donde Jesús ha manifestado la vulnerabilidad del Corazón de Dios. Pero no puede olvidar ese día esencial, de sentido incierto, de preguntas sin solución, de esperanza temblorosa, que es la prueba del sábado santo. Este tiempo de humillación debe ser afrontado con coraje. (p. 45) Descendiendo al fondo de los infiernos tras y con Jesús, la Iglesia puede medir la profundidad de la angustia de la que surge la alegría de la Pascua.

Concretamente es necesario que se atreva a escuchar la lección que quizás le dicta el nombre de Dios el golpe de la humillación. La Iglesia no puede escapar a la silenciosa mirada que interroga sus ambiciones, sus proyectos, sus pretensiones. Cuando pierde bienes o privilegios, en lugar de la rebelión, ¿no debe preguntarse si Dios la está llevando hacia un despojamiento beneficioso? Esta humillación, ¿no es en primer lugar una llamada a la humildad?.

Y cuando la Iglesia conoce que su humillación es consecuencia del pecado de los hombres que la componen, ¿se apresurara a esconder la falta tras el velo de la hipocresía? Puede justificar esta actitud para limitar la amplitud del escándalo, y por tanto de la humillación. Pero, ¿que trate de engañarse a sí mism.! Hace falta que mire la verdad de frente, sin mentiras, que acepte las críticas, los reproches, las burlas sin querer reducirlos al silencio, sin levantar la espada para defender su honor amenazado. La debilidad escandalosa de los hombres a los que Cristo ha confiado el Evangelio. Negarla o mantenerla en silencio para salvar las apariencias, tratar de mentiroso al espejo que nos revela la realidad de lo que no somos, no hace sino añadir un pecado mayor.

Esta iglesia del sábado santo que somos es la que, sin embargo, no renuncia a creer en Aquel que ella trae a la tierra.

¡La Iglesia se mantiene en pie como María, con María! La Iglesia permanece, continua, espera. Las tinieblas no dirán la última palabra. La noche es larga, demasiado larga, pero a quien vigila se le entregarán las primeras luces del alba. En Iglesia nos tenemos que contar, narrar los pequeños signos que manifiestan que la muerte no ha ganado, que Dios no ha abandonado la Tierra, que no ha renunciado a su proyecto de amor. ¡Larga noche y plagada de fantasmas! Pero ¡más segura la aurora que ya amanece!

Jacques FOYER – Obispo de Amiens.

Páginas para la oración.



PÁGINAS PARA LA ORACIÓN.

Te llevo en mis entrañas.

Me recreé en ti; cuando te imaginé
inventé la luz para darte color.

En cada átomo de tu ser renací:
en cada célula tomeé vida.
Me plenifiqué al crearte,
fui más inmensidad cuando te parí.

Porque YO alumbré tu ser,
cuerpo y espíritu,
diseñé espacio, volumen y figura para darte imagen.

Cuando en la eternidad concebí tu cuerpo
puse un trozo de MÍ,
así me pareció bello y hermoso.

Cuando llegaste hasta MÍ la plenitud se eternizó,
las constelaciones danzaron jubilosas de alegría.
El Cosmos rogó al Principio volver a nacer.
Mi Creación lloró de felicidad y de gozo,
la Paz se multiplicó.

Siente que te llevo en mis entrañas,
que tu dolor, tu sufrimiento, tu impotencia, me traspasan.

Siente que inventé el amor para ofrecértelo,
la vida para regalártela, la plenitud para dártela.

¿Qué más quieres de MÍ?
Solo contemplarte.

(Autor desconocido) (p.49).

Presencia del Espíritu.

EL ESPÍRITU no puede pasar inadvertido:
es VIENTO, que sopla;
es FUEGO, y abrasa;
es AGUA, y fertiliza y limpia;
es AMOR, y remueve el corazón y las
de todos los sedientos de Justicia.

El espíritu se mueve, y mueve;
es comunicación, y se comunica;
es Alegría, y destierra todo temor.
El Hombre del Espíritu
vive, trabaja, sufre, lucha, ama y espera
con la profundidad del Espíritu,
con la tenacidad del Espíritu,
con la confianza del Espíritu,
con la generosidad que solo puede dar el Espíritu.

No pasa inadvertida la presencia del Espíritu
Corazones que se le abren.
Es un buen Minero que sabe extraer los más ricos tesoros
de las profundidades de cada existencia:
el tesoro de la fe del hombre en sí mismo,
que lo hace audaz y creativo en sus empresas;
el tesoro de la Fe del hombre en sus hermanos,
que lo hace respetuoso, comunicativo, transparente;
el tesoro de la Fe del hombre en Dios,
que le comunica la experiencia de su Amor inquebrantable.

El espíritu es soplo de eternidad
que hace florecer al Cielo en la Tierra.
El Espíritu viene de Dios, y vuelve siempre a Dios,
pero aquel que se deja arrebatar en su corriente

infinita, se hace portador en todos sus gestos, (p.49)
en todas sus miradas, en todos sus respiraciones,
de una sola Palabra, de un solo Nombre, con poder de
Salvación: Jesús.

El Espíritu no puede pasar inadvertido
a su paso por este Mundo:
el que lo invoca con sincero corazón
se hace el mismo Viento y arrastra;
Fuego, e incendia;
Agua, y prepara los surcos de la Historia
para la cosecha de los Cielos Nuevos y la Tierra Nueva;
Amor, se hace, sobre todo, Amor,
y nos ayuda a descubrir y disfrutar
la presencia de Dios
como ternura que eleva nuestra carne.

Antonio LÓPEZ BAEZA

(p.50)

Noticias Y Comunicación.



NOTICIAS Y COMUNICACIÓN.

Bibliografía.

Bibliografía.

CARLOS DE FOUCAULD, *Obras espirituales, Antología de textos, Madrid, Edt. San Pablo. Col. Maestros n.9, 1998, 283 pp.*

La editorial San Pablo, en la colección “Maestros” dirigida y coordinada por Pedro Miguel García Fraile, acaba de publicar una cuidada antología de textos de Carlos de Foucauld, cuya edición ha corrido a cargo de las Fraternidades de Carlos de Foucauld afincadas en España.

En la introducción a la obra, Ion Etzezarreta Zubizarreta, director del BOLETÍN “Jesus Caritas” y antiguo responsable de la Fraternidad Sacerdotal, señala las dificultades que surgen a la hora de reunir un libro el “*corpus espiritual*” del hermano Carlos ya que éste “*ni pretendió establecer, ni pudo redactar dicho corpus*”. Por otra parte, es tal la cantidad de documentos escritos, especialmente cartas, que han llegado hasta nosotros que se hace difícil su clasificación. “*Tenemos, pues, conciencia de que esta selección de textos es también muy parcial, y, sin, duda, realizada desde una perspectiva particular. Confiamos no obstante que estos destellos o fogonazos permitan captar la experiencia de una vida en la que el Espíritu Santo manifestó un modo de entender y vivir la vida cristiana*”. (pp 7-8).

No obstante, la edición de la presente antología, sigue diciendo la introducción, “*puede ser una gran ayuda para aquellos cristianos y para aquellas comunidades que viven con conciencia de ser una “mínima minoría” en el desierto de la actual increencia*” (p.8).

Consideramos un gran acierto encabezar la antología con una presentación biográfica del autor porque, sin duda, “*la*

narración de su vida puede ya, por sí misma, aportar una luz importante para la lectura espiritual” (p.8) al presentarnos a un “*hombre tan humano tan apasionado buscador de Dios e imitador de Jesús El Nazareno*” que a lo largo de su vida, entre luces y sombras, “*ha hecho un largo camino de amor y compasión*” (pp.20-21). Particularmente es de mucho interés la síntesis (p.53) apretada sobre la personalidad religiosa y apostólica del hermano Carlos (pp 21-40). No podía faltar en una antología preparada por las Familias de Carlos Foucauld la presentación actualizada de la espiritualidad foucauldiana en sintonía por los interrogantes de nuestro mundo de hoy (pp. 40-51).

La antología de textos ha sido estructurada por los editores en dos partes: una primera parte dedicada a una esmerada selección de cartas y escritos (etapa adolescente y joven; conversión y entrada en la Trapa; meditaciones y retiros de 1896 – 1900; etapa 1900-1902; estancia en Beni-Abbés; instalación en Tamanrasset; de la crisis de 1908 a finales de 1914; y desde el comienzo de la Primera Guerra Mundial hasta su muerte el 1 de diciembre de 1916); y, una segunda parte, que es la edición de la pequeña obra espiritual del hermano Carlos, ***El modelo único***, donde el autor recoge “*las frases del Evangelio que había creído fundamentales para asemejarse a Jesús modelo*” y “*nos presenta una extraordinaria pedagogía: que cada cristiano sepa trabajarse desde la lectura constante del Evangelio, para ver cómo ha de conformarse a Jesús-Modelo, para ser testigo de su amor universal*” (p.230).

La edición se complementa con un cuidado índice carta y escritos y un práctico y utilísimo índice de materias dónde se observa la mano experta de Antonio Ramos Estaún, encargado de la preparación del texto.

La obra que presentamos es meritoria porque intenta, con una honestidad intelectual, presentar a la persona a través de sus textos en un intento de acercarnos, en la medida que es posible, a la verdad del personaje, sin glosa ni distracciones especulativas. Hay algunas afirmaciones discutibles en el análisis de la realidad del mundo que hoy quizá por circunscribirlo en demasía a nuestro entorno europeo occidental y se observa alguna que otra laguna biográfica sobre las obras de Carlos de Foucauld.

En conjunto una buena edición y un buen servicio para mantener viva la memoria histórica y para difundir la espiritualidad de un hombre “tocado por el Espíritu” a las puertas del año 2000.

Emérito de Baria

(p.54).

Un libro, un amigo.

APRENDER DE ORIENTE: lo cotidiano, lo lento y lo callado.

José Masiá Clavel. Ed. Desclée de Brouwer.

Decía Unamuno que las tres grandes limitaciones del ser humano eran el espacio, el tiempo y el lenguaje. Tales limitaciones se agigantan en el hombre moderno, que quiere estar en todo y en todas partes y al mismo tiempo hablar de todo, olvidando la sabiduría oculta en el dicho antiguo: “El que sabe no lo dice, y el que dice demasiado, señal de que no lo sabe”. Así ocurre muchas veces que nos atiborramos de apuntes sin haber entendido nada y olvidamos que la verdadera sabiduría no está en los muchos apuntes y acontecimientos, sino que empieza a surgir cuando renunciamos a la ansiedad de devorar lecturas y producir escritos y nos obligamos a contemplar los espacios de la vida diaria, los tiempos llenos de pausas y el lenguaje preñado de silencio.

APRENDER DE ORIENTE lo cotidiano, lo lento y lo callado es la respuesta de Juan Masiá Clavel, jesuita, nacido en Murcia en 1941, y profesor de Bioética en la Universidad Pontificia de Comillas y en la Universidad Sofía de Tokio, donde reside desde 1966, pretende dar en este precioso libro, desde un contexto oriental, en el que aprendemos precisamente a vivir las pausas en el espacio, en el tiempo, y los silencios significativos, que se traducen en lo cotidiano, lo lento y lo callado.

El autor dirige una mirada al Japón actual y en general al hombre moderno totalmente invadido por la ansiedad, la prisa, la efectividad, y que olvida buscar lo más profundo en lo más inmediato, lo absoluto en lo relativo y lo divino en lo cotidiano.

A través de sugerentes capítulos que iluminan el valor de lo cotidiano, de la pausa y del silencio, el autor nos conduce a través de culturas contemplativas a encontrar el gusto por lo pequeño, por aquello que no cuenta, porque “todo es cuestión de hacer las cosas (p.55) despacio: de darle tiempo al tiempo... y paciencia” (!), pues no se acelera el crecimiento de una planta tirando con fuerza de ella hacia arriba. Como todo organismo vivo, tiene su ritmo. De ese modo se nos invita a salir del egocentrismo y de la ansiedad, a vivir en comunicación con la naturaleza y a descubrir el Camino en lo prosaico y lo cotidiano, mientras caminamos...lentamente.

Por eso invitaba el Maestro a “contemplar los lirios del campo”. Pero esto es algo a lo que no se llega a fuerza de pensar. Como decía Jesús, “a fuerza de pensar no añadiremos un codo a nuestra estatura”. Lo cual no significa que no pensemos, sino más bien es una invitación a pensar de otro modo, eliminando la preocupación por el pasado y la ansiedad por el futuro, para vivir el presente en su plenitud, pues “el Reino no viene de modo que se note...” sino dejándonos alcanzar por Él.

De éstas y otras cosas parecidas nos habla Juan Masiá resaltando que “frente al atosigamiento con que nos abrumba el ritmo de la vida actual, poco propicio la contemplación, se pone de relieve el valor de las pausas, los silencios y las transiciones. Necesitamos abrir, en el espacio y en el tiempo, huecos de receptividad para que sea posible dejarnos alcanzar por lo absoluto en el presente”.

Estamos frente a un libro que comienza con reflexiones antropológicas, desemboca en la espiritualidad y la filosofía, y concluye con repercusiones socio-políticas que inciden en el tema de la identidad y el nacionalismo... Un libro ameno,

salpicado de anécdotas y alusiones históricas que nos descubren la sabiduría oriental de manera novedosa y sugerente. Un libro que ayuda a “escuchar el silencio”.

APRENDIENDO A VIVIR. *Manual contra el aburrimiento y la prisa.*
Esperanza Borus. Ed. Desclée de Brouwer.

Estar bien ser feliz, es una de las constantes del ser humano de modo que no llegamos a entender fácilmente lo que nos pasa cuando nos sentimos deprimidos sin causa aparente, cuando perdemos (p.56) interés por las cosas que antes nos atraían, o simplemente cuando estamos desconcertados. Entonces nos rebelamos contra nosotros mismos, aumentando nuestra confusión sobre el mal estado que padecemos, aun cuando disfrutemos de buena posición económica, o estemos orgullosos de nuestra cualificación personal, pues todo eso no ha venido acompañado del necesario y tan preciado bienestar físico y psíquico de la persona.

Una mirada sosegada y tranquila al interior de las cosas y de sí mismo, más allá del análisis y el juicio, puede ayudarnos a alcanzar la felicidad que todos anhelamos. Aprender a mirar con atención y ternura la propia existencia es una terapia apropiada para alcanzar los “ajustes” necesarios que tanto precisamos. El resultado de esta dulce ascesis no es una persona dura y sombría, sino compasiva y afectuosa, abierta a la esperanza.

Esperanza BORUS, colaboradora muchos años en el “Teléfono de la Esperanza”, interesada en el autoconocimiento y en los estudios sobre el cristianismo y la filosofía hindú, nos presenta a través de su libro APRENDIENDO A VIVIR. *Manual contra el aburrimiento y la prisa* un sencillo método psicológico como camino de auto realización para cualquier persona que

encuentre el anhelo y la necesidad de una transformación profunda.

Este manual es una valiosa ayuda para cualquier lector que quiera hacer de la práctica de lo cotidiano un arte, de tal manera que todo dolor, conflicto o desesperanza sean transformados en una experiencia gozosa de vida.

A través de diversos capítulos, como la invitación a la felicidad, la reflexión y la vida cotidiana, la observación y el vivir el presente, el mundo y yo, y algunas consideraciones sobre el “yo” y el pensamiento positivo, va ayudando al lector a mirar en su interior, provocando el asombro, e invitándolo a transformar en vivencia lo leído, y a mantener una actitud de apertura hacia lo gratuito y, en definitiva, a poder vivir desde la acción de gracias la realidad de cada día. (p.57).

Noticias.

Noticias de Fraternidad (mayo 1998).

EL DESIERTO DE LA PAZ.

José Sánchez Ramos y la pequeña Comunidad del Monte nos abren sus puertas durante los meses de verano julio y agosto con el siguiente programa:

Julio:

Viviremos durante este mes un ritmo semanal a la manera que vivimos a lo largo del año. No serán Semanas Contemplativas, como en los años anteriores.

Estaremos en Casa Jacqueline y yo y con nosotros estarán, también, algunas de las personas que forman la pequeña Comunidad del Monte.

Juntos estaremos cerca de vosotros en estos días.

Durante la semana **viviremos un ritmo intenso de oración en el clima del silencio que nos caracteriza.** Haremos el día semanal del desierto y la noche de Adoración eucarística, nos ejercitaremos en la vida fraternal, en el rato de trabajo y en la contemplación de la naturaleza.

-El número máximo de personas, cada semana serán 15.

-Las semanas comenzarán los lunes, a mediodía,- organizando las subidas en común y acabaremos los sábados a mediodía.

-Para el día del desierto, será bueno traer una pequeña mochila y una cantimplora para el agua.

CALENDARIO:

- 29 de junio al 4 de julio. - 6 de julio al 11 de julio.

- 13 de julio al 18 de julio. - 20 de julio al 25 de julio.

Pepe estará ausente de la Casa, desde el 27 de julio hasta el 14 de agosto. Continuará en la casa hasta finales de agosto. (p.58).

Agosto:

-Desde el 27 de julio hasta finales de agosto serán semanas de ritmo más personal, más de desierto, bien en las ermitas, en la Casa o en tiendas de campaña.

El número máximo será de 10 personas, para que cada uno pueda estar solo.

Conviene venir para una semana completa o para dos semanas, para facilitar el tono de reposo en la Casa. Coordinaremos, también, las subidas los lunes y las bajadas los sábados.

Las INSCRIPCIONES para JULIO y AGOSTO las tomará

Charo GARCÍA CONTRERAS

Carretera las Norias, 22-5B

30009 Murcia - Tlf: 968280553.

DEL DESIERTO ÁRABE AL MUNDO DE LAS CIUDADES.

Gracias al boletín trimestral de las *Amitiés Charles de Foucauld* hemos conocido que el hermano René Voillaume acaba de publicar en Bayard - Editions/Centurion , *Charles de Foucauld et ses premiers disciples. Du desert au Monde des cités*. Esta historia va desde la muerte del Hno. Carlos hasta la fundación de la Asociación en Beni-Abbès en 1955. He aquí un extracto de la presentación.

“El 7 de mayo de 1947, fundé con tres hermanos la primera fraternidad obrera de los hermanos de Jesús, en Aix en Provence. Proviendo del silencio solitario del desierto fue una aventura arriesgada. Hace de esto cincuenta años, En enero de 1951, cuatro años más tarde, aparecía en las ediciones. Du Cerf *En el corazón de las masas*. Este libro superó los 100.000 ejemplares. Así se expandía, gracias a la fuerza manifiesta de Dios, el mensaje espiritual del ermitaño del Hoggar, que murió sin discípulos. Y, contrariamente a lo que se podía esperar, el mensaje espiritual de este amante de Jesucristo no ha cesado de expandirse y dar frutos”. (p.59).

EI DISFRUTE DE ESTAR EN FAMILIA.

María Rosa Elías, de la Fraternidad Secular, nos envía la hoja informativa, febrero 1998, en la que encontramos una valoración realizada por la fraternidad de Málaga de la Asamblea interfamiliar (Liria, 6-8 de diciembre). Creemos de interés darla a conocer:

¡Cómo expresar la riqueza que hemos vivido estos días!

Estábamos algunos miembros de las diferentes familias: religiosos/as, sacerdotes, solteros/as, ermitaños, casados/as...

todos en igualdad, en un ambiente espontáneo nada ficticio... tal como somos.

En los once grupos pequeños donde reflexionamos sobre el cuestionario previsto, con gentes de diferentes países, regiones de España, con distintos carismas, viviendo la vida en la misma dirección. Con diferentes edades, estados, donde algunos no nos conocíamos, pero a medida que avanzaban las horas ibas sintiéndote hermano/a del otro, como algo tuyo, crecía el sentido de pertenencia a la familia del Hno. Carlos. El tema que presenó Alberto Escallada, su visión desde fuera de la Fraternidad, nos ayudó a redescubrir aspectos importantes del carisma en el Hno. Carlos y en nosotros hoy. Nos traía el recuerdo, a los que estuvimos en el 96 en Cercedilla, de las aportaciones de Carmelo sobre este mismo tema.

El equipo coordinador había trabajado a fondo, pero sin perder el ambiente de sencillez que se mantuvo durante toda la convivencia. Igual que en la fiesta que nos montamos, donde se escucharon cantos vascos, aragoneses, andaluces, extremeños, fados portugueses y, al entonar la canción Grandola Vila Morena, himno del 25 de abril en Portugal, enlazadas las manos nos emocionábamos, porque deseábamos ese mundo nuevo donde reinen los valores del Padre de Jesús, donde vivamos como iguales.

Pasaba el tiempo y crecía la alegría de estar juntos. En los silencios elocuentes de la Adoración (un acto de fe colectivo que hace crecer la de cada uno, ofrecimos al Señor algo que en nuestra sociedad tiene mucho precio: el tiempo. Algunos decían: “Estamos viviendo una experiencia tan de pueblo, sin jerarquización...”, “en estos encuentros es donde se manifiesta más en su totalidad (p.61) el carisma del Hno. Carlos, donde

aparece más claro la comunidad de Jesús”, “En otras reuniones el clero es quién dirige, aquí son los laicos...”.

Allí disfrutábamos de la Iglesia que queremos. Pensábamos que podía ser la ofrenda de Navidad que la familia del Hno. Carlos, desde el corazón de las masas, hacíamos a la Iglesia. Pequeña ofrenda, sin poder, siendo pobres, lo que facilita ser hermanos.

En las reuniones de grupo gastamos mucho tiempo en conocernos, saber de nuestra vida diaria, dificultades, ilusiones... después entramos en el cuestionario sobre si “la identidad de nuestro carisma estaba más en el ser que en el hacer”. Muchos veíamos el estar como un modo de ser y hacer muy propio de la espiritualidad de la Familia. La segunda pregunta era clave: “La actividad (el compromiso) hacia qué forma de ser apunta”. Esta pregunta era importante hacérsela, su respuesta indicaría si habíamos entendido el carisma propio de la Fraternidad o no. Ya que un carisma, sea cual sea, no puede ser vivido desde cualquier sitio o situación, y menos este de Nazaret. Nazaret es un lugar concreto. No es solo una actitud, es un camino... ¿hacia qué forma de ser apunta la actividad (compromiso) que realizó ?

Llegó la hora “del hasta luego”.

Volvíamos gozosos comentando las cosas que habían sucedido esos días: las dificultades de carreteras cortadas por la nieve, el frío, la dirección del centro no es muy clara... pero no faltó a la cita nadie y hasta se aumentó el número de los previstos.

Esta vez no nos había pasado lo que a Job: “Tú estabas allí y yo no lo sabía”. Nosotros sí que nos habíamos percatado de la presencia del Padre en este encuentro y nos gozábamos de haberlo disfrutado. (p.61).

CENTENARIO DEL NACIMIENTO DE LA HTA.MADELEINE DE JESÚS.

La Hna. Pilar de la Fraternidad de las Hermanitas de Jesús de Madrid, nos envía esta comunicación para que compartamos con ella su alegría, y conozcamos un poco mejor el espíritu de la Hta. Madeleine:

El 26 de abril de 1998, Madeleine de Jesús, nuestra Fundadora, hubiera cumplido CIENTO años.

Las Hermanitas queremos compartir y dar a conocer la personalidad y el espíritu de esta mujer tan significativa para el momento actual del mundo y de la Iglesia.

Fue una mujer de una gran intuición que se dejó guiar por el Espíritu. *“Dios me cogió de la mano y yo le seguí ciegamente”*.

Tras las huellas de C. de Foucauld, empezó en 1939 la Fraternidad de las Hermanitas de Jesús que se ha extendido por todo el mundo.

“Como Jesús cuando vivió en Palestina, acercaos a todo el mundo. No os pongáis al margen de la gente. Antes de ser religiosas sed hermanas y cristianas”.

Hoy seguimos apostando a ser signo del amor gratuito de Dios, a través de la amistad y la solidaridad.

En la actualidad somos 1.334 Hermanitas en 321 fraternidades repartidas en 68 países de 66 nacionalidades distintas.

En España estamos presentes en los barrios periféricos de Málaga, Bilbao, Madrid y en un pueblo rural de Extremadura. Como trabajadoras estamos situadas en el campo de “Actividades Diversas” y pertenecemos a los colectivos de la Hostelería, Limpieza y en los trabajos temporeros del campo.

Este centenario es motivo de gran alegría para nosotras y de acción de gracias.

Hermanitas de Jesús. (p.62).

Murió Emilia Sánchez Carrasco.

Ángeles Monterola, de la Fraternidad “Carlos de Foucauld” de Granada nos comunica:

Queremos compartir con la familia y amigos trozos de la vida de Emilia Sánchez Carrasco y algo de lo mucho que nos ha aportado durante el tiempo que hemos caminado juntas.

Emilia nace el 21 de septiembre de 1926 en Valdepeñas. Empieza a ir al colegio desde muy pequeña y empieza también a ser muy querida entre sus compañeros.

Cuando estalla la guerra, estaba preparando su Primera Comunión y se queda sin poder hacerla. Como consecuencia de la deficiente alimentación durante la guerra, cae enferma con una pleuritis. Terminada la contienda, su padre, por causas políticas, permanece en la cárcel durante ocho años.

Con su hermano hace la primera comunión en la cárcel en junio de 1939, sin vestido de comunión, acompañada de su familia y los presos. Su hermana Antonina comenta: “Emilia empieza a vivir en sus carnes la injusticia”.

Su búsqueda de cómo vivir su entrega a Dios comienza a los doce años, pasando por la Acción Católica, los Terciarios Franciscanos y pensando que el Señor la llamaba a la vida religiosa, entre las Hermanitas de los Ancianos Desamparados. Lava ropa, trabaja duro con su gran espíritu de servicio, hasta que enferma, tiene que salir con una lesión pulmonar. Su hermana dice que en esta época “nunca la vio llorar ni triste”. A los 21 años y curada, reingresa en la misma Congregación. Sufre una nueva recaída y tiene que volver a salir.

Siempre alegre y confiada tiene claro desde los 12 años su total entrega a Dios. También en su paso por el sanatorio de Santa Teresa de Ávila donde ora y confía. (p.63).

Ya curada entra en la H.O.A.C. donde se encuentra con el mundo obrero. Sigue en la H.O.A.C. al llegar a Murcia y hace unos Cursos de Instructora de Centros de Formación Popular para la mujer, tarea a la que se entrega de lleno durante 20 años sin descanso hasta que la larga enfermedad de su madre la obliga a dejar los Centros para atenderla y cuidarla con todo su esmero y cariño.

El 08-12-81 entra en la Fraternidad y en 1988 hizo su compromiso definitivo. Pasa por distintas Fraternidades de Base, siempre en la Región Centro Sur.

Recogemos algunas expresiones de las Hermanas de la Fraternidad: *“Siempre me llenaba de alegría cuando me saludaba, pues era un saludo de Paz”. “Una mujer sencilla, de corazón limpio, amante de la Iglesia, una mujer de Dios”. “Emilia ha sido para mí testigo del amor de Dios por su servicio cariñoso y su capacidad para ver lo positivo que hay en cada persona”. “Me resaltaba su actitud de disponibilidad y servicio sobre todo a su familia”. “Me ha impactado su querer pasar desapercibida, el último lugar, pero también su buen criterio claro y firme”. “Me llama su atención, su dulzura, tener siempre una palabra. A punto para animarte”. “Me deja su amabilidad, su sencillez, su sonrisa, la dulzura de su expresión que tuvo hasta su muerte”. “Me aportaba su espíritu de fe, su confianza, su cariño y su alegría, su clarividencia, su discernimiento en momentos difíciles, que unido a su facilidad de expresión siempre fue luz para mí”. “Me pareció siempre una mujer de Dios y me alegro saber que su Pascua fue el Domingo de Ramos. El Señor le regaló el poder celebrar la Pascua de Jesús en su presencia”.*

Nos escribe su hermana: *“En sus últimos meses ha sufrido mucho. Su respuesta: amor y perdón. Ha pasado “por cañadas oscuras”. Se ha dejado cuidar con docilidad. Ha sido un don y*

una fuente de ternura cuidarla y estar con ella durante toda su enfermedad”.

A su familia como a la fraternidad, nos ha dejado su testimonio de servicio, paz y amor por lo que damos gracias a Dios por su vida, y por el paso de Emilia por las nuestras. (p.64).

Fraternidades del Hermano Carlos de Jesús en España

FRATERNIDAD SECULAR “CARLOS DE FOUCAULD”

Equipo responsable coordinado por: M^a Rosa Elías Guilera
C/ Córcega, 404, 3^o 2^a Tel. 934 574 559. 08037 BARCELONA

FRATERNIDAD CARLOS DE FOUCAULD (Asociación de Fieles: laicas con celibato)

Región Centro Sur: Josefita Calvo Martín, C/ Cervantes, 5 – 5^o A
Tel. 925 808 053. 45600 TALAVERA DE LA REINA (Toledo)
Región de Cataluña: Monserrat Munté y Matas, C/ Guitard, 11 – 2^o 3^a
Tel. 934 907 091. 08014 BARCELONA

FRATERNIDAD IESUS CARITAS (Instituto Secular Femenino)

Responsable: Eulàlia Guarro i Vendrell, C/ Olzinelles, 5 – 2^o 2^a
Tel. 933 314 249. 08014 BARCELONA

FRATERNIDAD SACERDOTAL “IESUS CARITAS”

Responsable: Manuel Pozo Oller, Av. de los Angeles, 46 – 1^o 2^a
Tel. 950 237 171. 04008 ALMERÍA

COMUNIDAD DE JESÚS (Asociación privada de fieles:

matrimonios consagrados, célibes consagrados y laicos comprometidos)
Responsable: Gabriel López Dóriga, C/ Joan Blanques, 10.
Tels. 932 134 110 – 932 136 587. 08012 BARCELONA

FRATERNIDADES DE BETANIA

Fraternidad General: Trafalgar, 70, 1^o 1^a.
Tel. 932 682 368. 08010 BARCELONA

HERMANITAS DE JESÚS

C/ Cristo de la Victoria, Blq. 153 – 2^o izq.
Tel. 914 756 089. 28026 MADRID

HERMANOS DE JESÚS

C/ Puerto de Oncala, 7 – 2^o H.
Tel. 952 359 010. 29003 MÁLAGA

HERMANITAS DEL SAGRADO CORAZÓN

C/ Derechos Humanos, 7 – Tel. 927 459 038
10680 MALPARTIDA DE PLASENCIA (Cáceres)

HERMANITAS DEL EVANGELIO

C/ Foios, 3, Pta. 9. B^o La Coma.
Tel. 963 631 752. 46980 PATERNA (Valencia)

HERMANOS DEL EVANGELIO

C/ D. Quijote, 5.
Tel. 950 322 743. 04740 ROQUETAS DE MAR (Almería)

SODALIDAD CARLOS DE FOUCAULD (Para vivir el carisma en solitario)

Información: José Luis Vázquez Borau.
Paseo Fabra i Puig, 474, 2-3. Tel. 934 274 616. 08042 BARCELONA

FRATERNIDAD DE EMAÚS

C/ Calvario, s/n.
Tel. 964 612 174. 12232 TORRECHIVA (Castellón)

HERMANITAS DE NAZARET

C/ Santa Engracia, 107-111 – 5^o 1^a
Tel. 933 591 781. 08016 BARCELONA